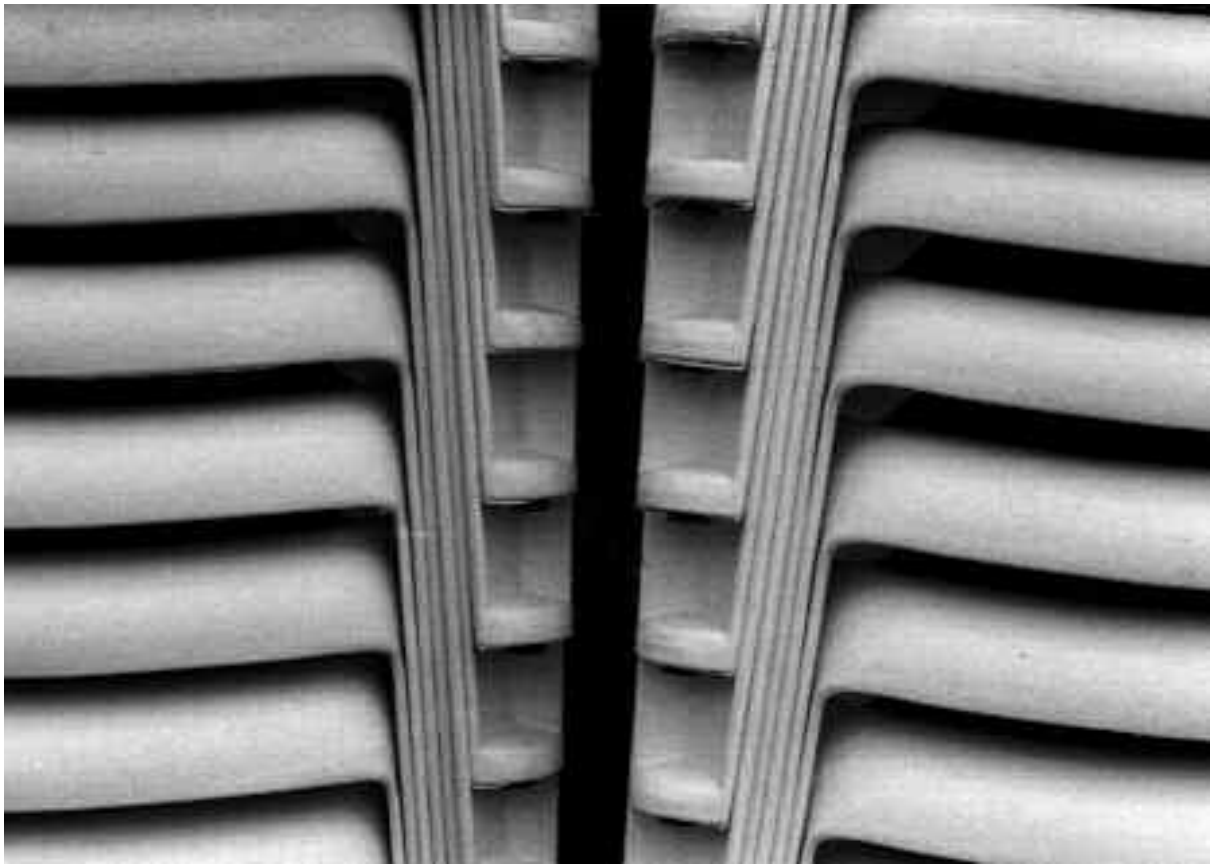




LA REVISTA DE LOS ESTUDIANTES UNIVERSITARIOS



Karla Machado Silver, de la serie *El origen de todo*, plata sobre gelatina, 8 x 10 pulgadas, 2005

FE DE ERRATAS

En el número 144 de esta revista publicamos parte de los trabajos ganadores de premio en el Concurso 38 de *Punto de partida*. En uno de ellos, la traducción de Valeria Luiselli López-Astrain al poema “The dead shall be raised incorruptible”, de Galway Kinnell, incorporamos una serie de cambios sin haber consultado a la traductora, amén de que el poema fue publicado con una errata tipográfica.

En la p. 42, verso 2, dice: Suelta humo en el campo –
debe decir: suelta humo en el campo –

p. 44, verso 6, dice: Le di mi sangre cincuenta partes poliestireno,
debe decir: Le doy mi sangre cincuenta partes poliestireno,

p. 44, verso 23, dice: y decida la suerte de quién le tocará mirar su propia sangre
debe decir: y decida la suerte a quién le tocará mirar su propia sangre

p. 46, verso 11, dice: huecos que colchones incinerados devolvieron al mundo,
debe decir: vencidos colchones incinerados devueltos al mundo

Pedimos disculpas a la autora y a nuestros lectores.

EDITORIAL	7
DEL ÁRBOL GENEALÓGICO	8
Retratos de fotografías mexicanas / Ernesto Peñaloza	
Tres variaciones sobre la ausencia / Eduardo Uribe	18
Poemas / Álvaro Solís	21
Erinias (Treno por Oaxaca) / Iván Cruz	26
¡Póngame a los Tigres! / Silvia Elisa Aguilar Funes	29
La dualidad de la decadencia / Rodrigo Martínez	35
El origen de todo / Karla Machado Silver	40
Foncé / Darío Alberto Meléndez Manzano	46
CAZA DE LETRAS	
Cosecha de Caza de Letras / Mónica Lavín	52
Corazón de pollo / Fernanda Melchor	53
El nuevo sepulturero / Fernanda Melchor	56
Recuerdo Salazar / Álvaro José Camacho Neumann	57
Julianada Concepción / David Pruneda Sentíes	59
Daguerrotipos / Diana Gutiérrez Pérez	64
EL RESEÑARIO	
¿Quién me quita lo cantado si para cantar nací? / Luis Paniagua Hernández	69
LA GACETILLA	
Concursos literarios, talleres, cursos, revistas en línea y más	73

UNIVERSIDAD NACIONAL
AUTÓNOMA DE MÉXICO

Juan Ramón de la Fuente
Rector

Gerardo Estrada
Coordinador de Difusión Cultural

Sealtiel Alatríste
Director de Literatura



LA REVISTA DE LOS ESTUDIANTES UNIVERSITARIOS

Número 145, septiembre-octubre 2007

Edición: Carmina Estrada
Asistencia: Rodrigo Martínez
Asistencia secretarial: Lucina Huerta

Diseño original: Rafael Olvera
Diseño de este número: María Luisa Martínez Passarge
Ilustración de este número: Taller coordinado por
Santiago Ortega, ENAP-UNAM
Portada: Karla Machado Silver, de la serie *El origen de todo*
Impresión: Imprenta de Juan Pablos S.A.

La responsabilidad de los textos publicados en *Punto de partida* recae exclusivamente en sus autores, y su contenido no refleja necesariamente el criterio de la institución.

Punto de partida es una publicación de la Dirección de Literatura de la Coordinación de Difusión Cultural de la Universidad Nacional Autónoma de México. ISSN: 0188-381X. Certificado de licitud de título: 5851. Certificado de licitud de contenido: 4524. Reserva de derechos: 04-2002-032014425200-102.

Dirigir correspondencia y colaboraciones a *Punto de partida*, Dirección de Literatura, Zona Administrativa Exterior, Edificio C, primer piso, Ciudad Universitaria, Coyoacán, México, D.F., 04510.

Tel.: 56 22 62 01

Fax: 56 22 62 43

www.literatura.unam.mx

correo electrónico: partidar@servidor.unam.mx

cestrada@correo.unam.mx

Este número abre con una espléndida muestra fotográfica que engalana nuestro Árbol Genealógico: una serie de retratos realizados por Ernesto Peñaloza a nueve destacadas fotógrafas mexicanas: Lourdes Almeida, Yolanda Andrade, Ana Casas, Maya Goded, Lourdes Grobet, Graciela Iturbide, Elsa Medina, Maruch Santiz y Vida Yovanovich, todas ellas captadas en su mundo profesional o íntimo, adelante de un proyecto de retratos mucho más amplio.

La primera de nuestras colaboraciones poéticas es “Tres variaciones sobre la ausencia”, de Eduardo Uribe, quien con mesura trata el alejamiento y el desencuentro; en otro tono, Álvaro Solís evoca con sus imágenes la imposibilidad de recobrar lo perdido en sus poemas “La noche entera”, “Elogio de la infancia” y “Distancia”, e Iván Cruz vacía en sus “Erinias (Treno por Oaxaca)” una mirada de desencanto sobre el carácter inexorable de la historia.

Como contrapunto, seguimos con un relato periodístico de Silvia Elisa Aguilar, quien recibiera mención en el Concurso 38 de *Punto de partida*: “Póngame a los Tigres”, reconstrucción literaria del intento fracasado de una mujer por pasar la frontera del Bravo; y con un ensayo de Rodrigo Martínez sobre el paralelismo entre la tragedia de la protagonista de la novela *Rosenda* de José Rubén Romero, y la realidad michoacana durante y después de la Revolución.

En las páginas centrales destacamos dos trabajos acreedores de mención en el pasado concurso de esta revista: en fotografía, “El origen de todo”, serie de detalles tomados por Karla Machado; y “Foncé”, viñetas de Darío Meléndez basadas en *Nuestra señora de las flores*, del dramaturgo Jean Genet.

Caza de Letras fue un concurso-taller en línea convocado por la Dirección de Literatura de la UNAM, realizado de mayo a julio de este año, en el cual doce jóvenes escritores trabajaron bajo presión con un jurado integrado por los narradores Mónica Lavín, Álvaro Enrigue y Alberto Chimal. Como testimonio de este esfuerzo publicamos en estas páginas una selección del material literario producido por los finalistas Álvaro Camacho, Diana Gutiérrez y David Pruneda, y la ganadora del certamen, Fernanda Melchor. Esta muestra se acompaña con una presentación de Mónica Lavín.

Para terminar, una reseña de Luis Paniagua al libro *¿Quién me quita lo cantado?*, de Mardonio Sinta, recopilación del trabajo de este coplero veracruzano editada este año por la UNAM, con un prólogo del poeta Francisco Hernández; y una invitación reiterada a consultar y colaborar en las nuevas propuestas digitales de la Dirección de Literatura de la UNAM: las revistas literarias www.puntoenlinea.unam.mx y www.periodicodepoesia.unam.mx 📍

Retratos de fotógrafas mexicanas

Ernesto Peñaloza



Lourdes Almeida,
fotografía digital,
2007

El retrato se halla inexorablemente ligado a la noción del tiempo y la muerte.

Roland Barthes

I

Desde la primera mitad del siglo XIX y gracias a la fotografía, el retrato dejó de ser un asunto exclusivo de las altas clases dominantes. La burguesía como una nueva, próspera y dinámica clase social adoptó el invento con entusiasmo y en poco tiempo se popularizó, alcanzando inclusive a sectores que jamás imaginaron contar con un retrato. Pero, ¿cómo explicar el éxito y la aceptación de la fotografía? Quizás porque un retrato permanece más allá de la vida de una persona y crea la ilusión de eternidad; quizás porque el verismo de un retrato fotográfico engaña, crea la ilusión de realidad, hace suponer que aquello que vemos “es” la realidad, cuando se trata evidentemente de una representación de ella.

Un retrato evoca los rasgos de una persona, la semejanza fabricada fotográficamente aumenta la sensación de realidad cuando tan sólo vemos algunas partes del sujeto; otros aspectos permanecerán ocultos ya que es imposible la aprehensión total, perdemos inevitablemente los sonidos, los olores...

Un retrato es posible gracias a dos voluntades que coinciden: la del retratado y la del fotógrafo. El retratado posee una expectativa de aparecer de determinada manera, resaltando o idealizando sus características propias. El fotógrafo puede tener una idea totalmente opuesta, contradictoria. Del resultado de esa confrontación, de ese encuentro, surgirá la imagen; el asunto se complica maravillosamente cuando el fotografiado es, a la vez, fotógrafo.

II

Ése era el reto: hacer retratos de hacedores de retratos, con la intención de rendir un homenaje a los creadores de imágenes que, de alguna manera u otra, son artífices del imaginario nacional. Para ello he estudiado con interés la obra de los fotógrafos de mi país y, a partir de los trabajos que más me han interesado, he seleccionado a los cuarenta autores que conforman este proyecto.

La metodología de trabajo ha consistido en planear la toma con algún elemento que evoque, directa o indirectamente, alguna imagen emblemática de su obra creativa, de su estilo de iluminación, o recursos técnicos que utilice habitualmente en sus imágenes o, también, algún rasgo dominante de su personalidad. Todo esto con la intención de representarlos de doble manera, es decir, su imagen como persona (casi siempre anónima) y algún elemento que recuerde alguna fotografía conocida de su producción. Para ello ha sido importante propiciar cierta complicidad con el retratado y muchas veces, al comentarles las ideas previas a las tomas, hemos entablado una fraternal discusión que, sin duda, ha enriquecido el resultado final.

Los retratos seleccionados para la revista *Punto de partida* son de nueve de las más destacadas fotógrafas mexicanas: Lourdes Almeida y su mundo de corazones de hojalata, sus sensuales arcángeles, sus altares; Yolanda Andrade, el Centro histórico como personaje principal; Ana Casas, la intimidad familiar y el auto-conocimiento a través de sus fotos; Maya Goded, sensibilidad, compromiso y valentía al adentrarse en mundos sórdidos; Lourdes Grobet, su trabajo sobre la lucha libre, sobre y fuera del ring; Graciela Iturbide, sus célebres mujeres juchitecas y los pájaros como una constante en sus imágenes; Elsa Medina, notable heredera de la tradición documental fotográfica; Maruch Santiz, india tzotzil con una poética visual de belleza y textura natural y, por último, Vida Yovanovich con su *cárcel de sueños*, la auto-representación y sus *soledades sonoras*.

E. P.



Ana Casas, fotografía digital, 2007



Yolanda Andrade, fotografía digital, 2007



Maya Goded, fotografía digital, 2007



Lourdes Grobet, fotografía digital, 2007



Elsa Medina, fotografía digital, 2007



Graciela Iturbide, fotografía digital, 2007



Maruch Santiz, fotografía digital, 2007



Vida Yovanovich, fotografía digital, 2007

Tres variaciones sobre la ausencia

Eduardo Uribe

a Glencora

I. Gare Montparnasse

Por qué
si no tengo ticket para viajar
vengo todos los días a la estación,
a respirar
entre gente y maletas
que no sé si van o vienen.
Soy testigo de encuentros ansiosos
y despedidas que se aplazan como la vida.
Los días pasan, las horas pasan,
los trenes pasan, los viajeros pasan,
y luego los trenes y los viajeros vuelven,
pero ni el tiempo
ni aquel rostro que una vez partió
vuelven.
La espera es líquida
como un agua violenta.
Todo pasa, yo permanezco,
y ya he olvidado si es un viaje
o un regreso
lo que espero.

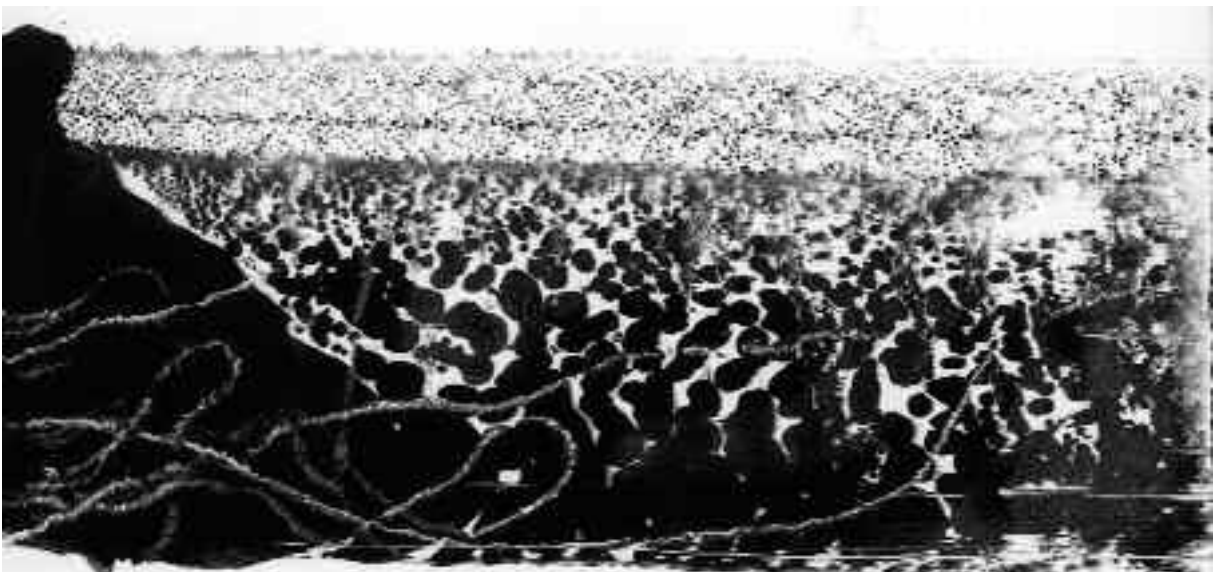
II. El arte de la fuga

¿Qué afán conduce al hombre
a juntar un sonido a otro sonido?
¿Persigue el rastro pobre de lo claro—
el movimiento—

su transparencia?

Quizá hace música
porque en ella se mira
como en un fugitivo espejo
—pasión por arrojarse al río
hasta ahogarse en las aguas de uno mismo—
: imposible Narciso que pretende
en vano acariciar
el corriente reflejo—
apenas percibido es demasiado
tarde
—y tiempo y rostro y mundo ya se han ido.

Ilustración de Diego Narváez Herrasti, ENAP-UNAM



III. Perdu, le f..

Entonces perdimos el fuego
—una ráfaga de furia,
una bestia repentina
arrancado
nos lo había /
sojos sol óplog son arbmós anu/—,
se liquidaron las formas
y no supimos más reconocernos
en lo que a nuestras manos
se ofrecía.

Llegó la luz
e iluminó el vacío —
se agitó el silencio

y señaló una rosa
a nuestros pies marchita.
Caminamos durante horas
buscando el fuego,
hasta que sangró el día
y nos golpeamos contra las paredes,
en calles que daban a ninguna parte

—
a lo lejos
oímos a alguno
que se topó con cenizas,
y enloquecido gritó
nunca nunca nunca

Eduardo Uribe (Ciudad de México, 1980). Poeta, narrador y traductor. Estudió Lengua y Literatura Hispánicas en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Ha publicado en revistas como *Punto de partida* y *Periódico de poesía*; poemas suyos aparecen en la antología *Un orbe más ancho. 40 poetas jóvenes (1971-1983)* (Ediciones de Punto de Partida, UNAM, 2005). Actualmente cursa la maestría en traducción en el Colmex y es becario del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes en el rubro de poesía.

Poemas

Álvaro Solís

La noche entera

*Fuensanta:
¿tú conoces el mar?
dicen que es menos grande y menos hondo
que el pesar.*

Ramón López Velarde

I

Nunca miramos el mar,
nunca nos detuvimos a mirarlo inalcanzable.
Su furia contenida por años ruge sin parar y las palmeras inmóviles,
oleadas de sofocación, cortinas, entrecerradas ventanas.
Tanto calor como para fundar diez mil infiernos;
arden las paredes y mi cabeza arde en las brasas de este tiempo.

Nunca miramos el mar, nunca entrecerramos los ojos para mirar el mar de abril.

Ilustraciones de Diego Narváez
Herrasti, ENAP-UNAM



II

Apoyado en la ventana te esperé la noche entera.
La noche era un camino que no se podía recorrer con calma,
extendía sus fronteras hacia donde no era posible esperar.
Porque el corazón no puede soportar las heridas que produce la esperanza,
la noche era un sesgo que nunca aprendí a tomar con sigilo.

Tú me atormentabas diciendo que llegarías más tarde
con la indiferencia que se da la hora a algún desconocido.
Mi corazón era un volcán extinto que de repente exhala pequeñas fumarolas recordando
el tiempo de erupción.

Pero aquel día mi paso fue más lento, y llegué tarde,
me esperabas con los jeans color rosa y tu cinta para el cabello y tus zapatos,
y tu bolso de mano y tu llavero y los rasgos de tu blusa y tu indiferencia del mismo color.
Parecías no advertir que te miraba, y pensé que estabas sola, que no esperabas,
que estabas muy lejos de casa, de los sabores resecaos del invierno,
que no pertenecías a nadie, ni a ti misma,
mientras te maquillabas sin prisa mirándote al espejo y agachabas la cabeza como
avergonzada.

Ese día llegué tarde pero hicimos el amor con toda calma,
luego te pusiste mi camisa color vino
y pedimos comida china, relucían tus blancas piernas donde yo recostaba mi cabeza
para recordar tu gesto entristecido de la espera.

Porque la noche extiende sus dominios sobre todos los que anhelan el retorno de alguien
que nunca volverá,
mi corazón contiene aún las furias de aquel mar que siempre nos fue inalcanzable.
Nunca miramos el mar,
nunca entrecerramos los ojos para mirar el mar de abril.

Elogio de la infancia

A Úrsula García de Gante

Mucho tiempo he estado acostándome temprano. A veces, apenas había apagado la lámpara, cerrábanse mis ojos tan presto, que ni tiempo tenía para decirme: “ya duermo”.

Marcel Proust

¡Palmeras...!

en constante movimiento.

El patio de la casa, el camino hacia la casa
y la tormenta que agita la dureza de los frutos,
los troncos que se doblan sin quebrarse.

¡Palmeras...!

con el tiempo amarillas dando frutos secos
que se caen, que se tiran previniendo el desastre
y flores de gardenia brotando de las matas,
flores y más flores y palmeras sedientas,
lejos todavía del mar y de la arena que hierve a mediodía.

Palmeras altas y otras pequeñas al alcance de las manos,
del machete acapulqueño de mi padre
rebanando los frutos, tomando la sangre transparente de los cocos
que la tormenta precipita a la catástrofe.

El viento lanza sobre el techo de la casa
pasos indecisos de gigantes sobre el techo de lámina,
sobre el sueño que tarda en llegar cuando hay tormenta
y los cocos, las palmeras, sus brazos volando por los aires,
por los aires las hojas de la palma
cada vez más lejos hasta el patio de algún vecino.

¡Palmeras...!
que resisten las tormentas pero no los rayos.

¡Palmeras...!
que resisten la inclemencia del sol pero no el recuerdo.

¡Palmeras! tirando cocos
aquí y allá
invisibles, silenciosas, meciéndose en el aire.

Las palmeras de la infancia aún dan frutos
que ya no alivian mi sed.



Distancia

*Fuimos bajando hasta el fondo
por las calles del puerto. La noche
remaba en el abismo de los ojos.*

Jorge Fernández Granados

Habíamos encontrado muchas luces en la selva,
pero perdimos el camino de regreso a casa.
Oscuridad por todas partes, sólo luces ululantes, voladoras,
algunas encerradas en nuestros frascos de mayonesa.

La noche se fue cerrando sobre nosotros
ocultándonos unos de otros. Las luces atrapadas languidecieron,
avanzada la noche nuestra casa estaba más lejos cada vez que respirábamos.
Parados en medio de la selva oscura, dijera el florentino,
esperábamos el amanecer que estaba a diez horas de distancia,
y la selva rugía mientras tanto,
y quebradizos aleteos de lechuzas coronaban nuestro miedo.
—No se alejen demasiado, advirtió mi padre,
pero seguimos nuestra vocación de nunca hacerle caso.
No había camino de vuelta, estábamos ahí para noche,
sus negras raíces fecundaban la tierra.

¿Cómo pudo la luz emboscarnos en la nada?
Habíamos encontrado muchas luces en la selva,
pero perdimos el camino de regreso a casa.

Álvaro Solís (Villahermosa, Tabasco, 1974). Es licenciado en filosofía y cursa actualmente la maestría en literatura mexicana en la BUAP. Ha publicado los libros de poesía *Cantalao* (Universidad de Guanajuato), *Solisón* (FETA) y *También soy un fantasma* (Gobierno del Estado de Tabasco, 2003). Obtuvo el Premio Nacional de Poesía Amado Nervo 2006, el Premio Clemencia Isaura de Poesía 2007 y el Premio Nacional de Poesía Joven Gutierre de Cetina 2007. Ha sido becario de la FLM y del FONCA.

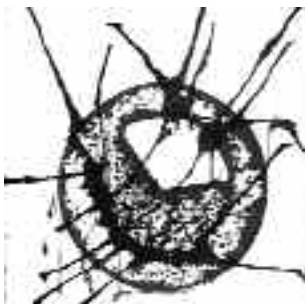
Erinias (Treno por Oaxaca)

Iván Cruz

in

Nos enfrentamos a esa larga sombra del miedo,
a ese silencio de siglos,
a esa mentira crispante de las bocas amargas;
marchamos con las risas y los llantos antiguos
en esta noche que aún no comienza
pero ya está manchada con nuestra sangre.

Ilustraciones de Jarumi Dávila,
ENAP-UNAM

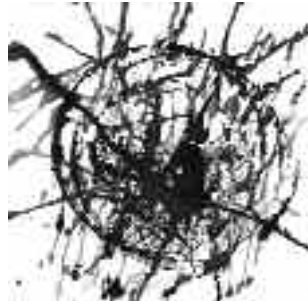


uu

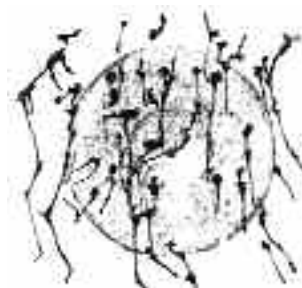
En cada cosa hay un aire tormentoso,
un aire de siglos, un aire de furia desmoronada
como nuestros destinos petrificados
en las antiguas murallas de Monte Albán.

uni

Con los padres
aprendimos a caminar
en el seno de la Tierra,
a surcar los campos
a través de la noche;
con ellos aprendimos
el lenguaje de los rostros cansados,
la intensidad de una mirada
huérfana durante siglos.

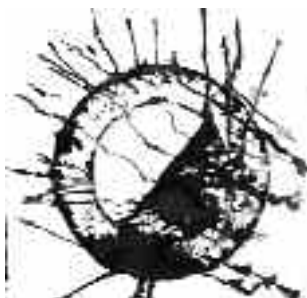
**kuun**

Esta es la hora,
este es el tiempo terrible del aire,
esta es la tierra donde el nombre de los dioses
se rompe entre las manos,
esta es la tierra de la noche eterna,
esta es la tierra enferma de cegueras infinitas.



u'un

Alabada sea la noche eterna,
alabado sea este sueño lento del dolor,
alabado sea el sueño abatido de los muertos.



uxi uu

La sangre recorre las calles,
la sangre humedece la tierra,
la sangre es hoy la lengua del aire.

Iván Cruz (Ciudad de México, 1980). Poeta, ensayista y traductor. Terminó la carrera de Lengua y Literaturas Inglesas en la UNAM. Actualmente se desempeña como secretario de redacción de la revista de literatura *Viento en vela*. Es autor de *Tiempo de Guernica* (Praxis, 2005). Poemas suyos aparecen en el libro colectivo *Espacio en disidencia* (Praxis, 2005) y en las antologías *Un orbe más ancho. 40 poetas jóvenes (1971-1983)* (Ediciones de Punto de Partida, UNAM, 2005); *Los mejores poemas mexicanos*, ediciones 2005 y 2006 (Joaquín Mortiz, FLM), *Anuario de poesía mexicana 2005 y 2006* (FCE), *El rompimiento amoroso en la poesía* (Alforja, 2006) y *Vigencia del epigrama* (Ediciones Fósforo, 2006). Fue co-organizador de “El Vértigo de los Aires. Encuentro Latinoamericano de Poetas en el Centro Histórico”, celebrado del 30 de septiembre al 13 de octubre de 2007 en la Ciudad de México.

¡Póngame a los Tigres!

Silvia Elisa Aguilar Funes

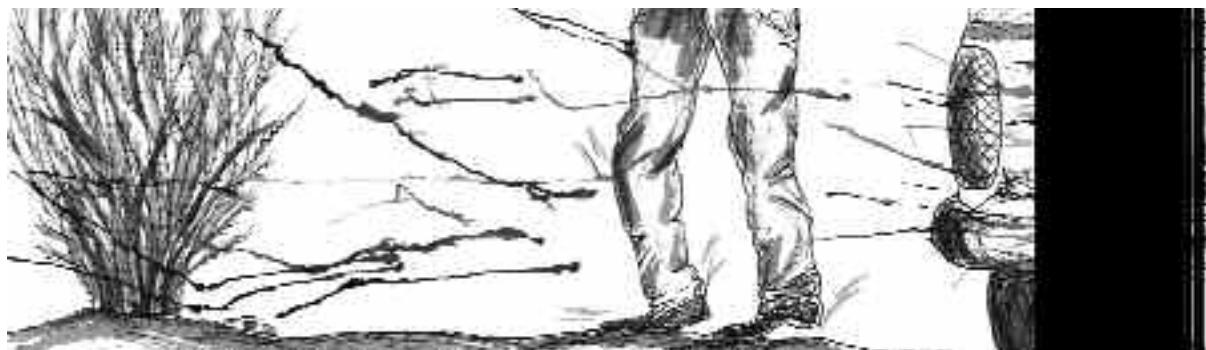
El hombre al volante baja de la camioneta dando pasos vacilantes. Se dirige a un huisache. El resto del grupo mira cómo el pollero busca al pie del árbol, escarba en la tierra y saca una lata grande rebosante de mariguana. Les invita a todos, pero rehúsan. *Este pendejo nos va a llevar a la chingada...*, dice en voz baja uno de los braceros, impotente igual que el resto, igual que mi madre.

Hugo la mira, su hermana está segura y repite: *Llévame*. Silvia piensa que en Estados Unidos le irá mejor que en México. Por primera vez desde su boda trabaja, pero no le alcanza. Estudió el nivel básico, un curso de secretaria bilingüe inconcluso, luego trabajó como obrera y a los veinte se casó. Quince años después el abandono tocó a la puerta. Es hora de enfrentar la situación, pero en este país no ha tenido suerte. El menor de ocho hermanos conduce un autobús de la compañía

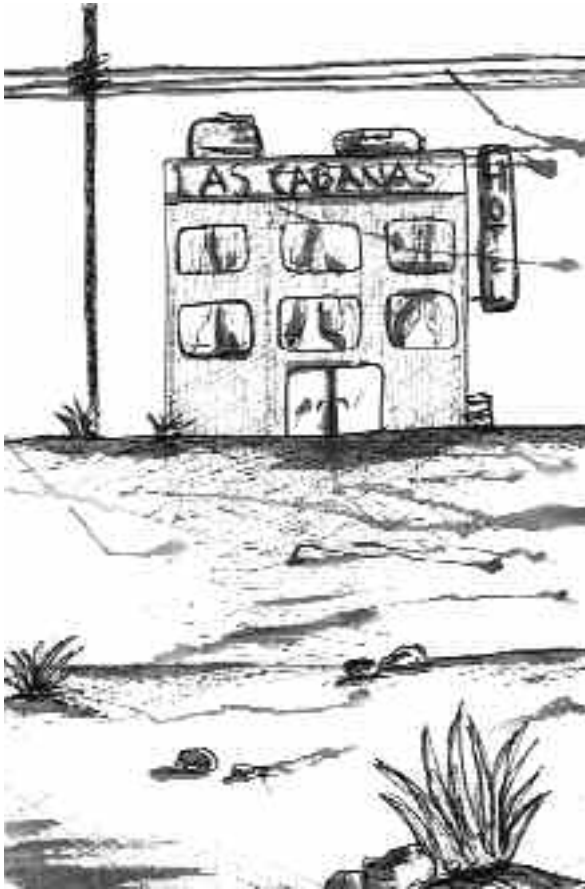
Estrella Blanca. Viaja al norte y le dieron una corrida a Piedras Negras, Coahuila. Hugo piensa que Silvia va a declinar en cualquier momento, por lo que accede a llevarla.

La exhaustiva jornada de veintinueve horas ya les ha entumido las piernas. Lo extremo del clima desértico, enfatizado por el primaveral marzo, hiel a la central camionera a las once de la noche. Están nerviosos. Ni Hugo ni Silvia fuman frente a su familia. Un café es toda su fuente de calor. Ella piensa en sus dos hijas. Apenas empezaron la preparatoria. *Será difícil, pero tengo que sacarlas adelante y aquí ya no puedo.*

El hermano busca a una taquillera, ella lo conectará con una pollera anónima. Los mil quinientos dólares que va a cobrar los paga la hermana gemela de Silvia, Elia, quien lleva un año empleada con papeles falsos en una empacadora de pollo en Arkansas. Hugo vuelve al autobús, sus manos tiemblan. La camisa blanca tiene manchas de sudor. Habrá que esperar un rato más a la mujer.



Ilustraciones de Jarumi Dávila, ENAP-UNAM



Silvia está tensa. Habla de su padre, Ramón, un octogenario que en los años cuarenta fue contratado para trabajar en el campo estadounidense. Él les contó que las uñas se le desprendían en la pizca de algodón. Aguantó unos meses hasta que consiguió trabajo en los sembradíos de naranja en California. Ahí el lío era otro: el polvo en las hojas de los árboles se le pegaba a la piel y picaba más finamente aún que los arañazos de las espinas del naranjo. Al menos tenía papeles. Su hija no los tiene: hace un año intentó obtener una visa con documentos falsos, pero la entrevista en la embajada la puso nerviosa y quedó fichada.

Ya pasaron veinte minutos. Una furgoneta de color verde se estaciona enfrente del puesto de café y pan donde Silvia y Hugo esperan. Se acercan a la ventana del chofer. Una mujer madura vestida con ropa deportiva, el pelo revuelto y un chihuahuero llorón en el regazo pregunta: *¿Quién es el migrante?*

A ti te encargaron mucho conmigo, así que no te sueltes. Vamos a la cabeza, el resto de los hombres nos sigue con dificultad en la arena. Estoy cansada, llevo puestas dos playeras y pantalón, pues me dijeron que no podría cargar demasiado. Cada uno anda con un galón de agua. Cuando pasamos por la tienda nos dijeron que comiéramos bien, que compráramos algo de beber para el camino.

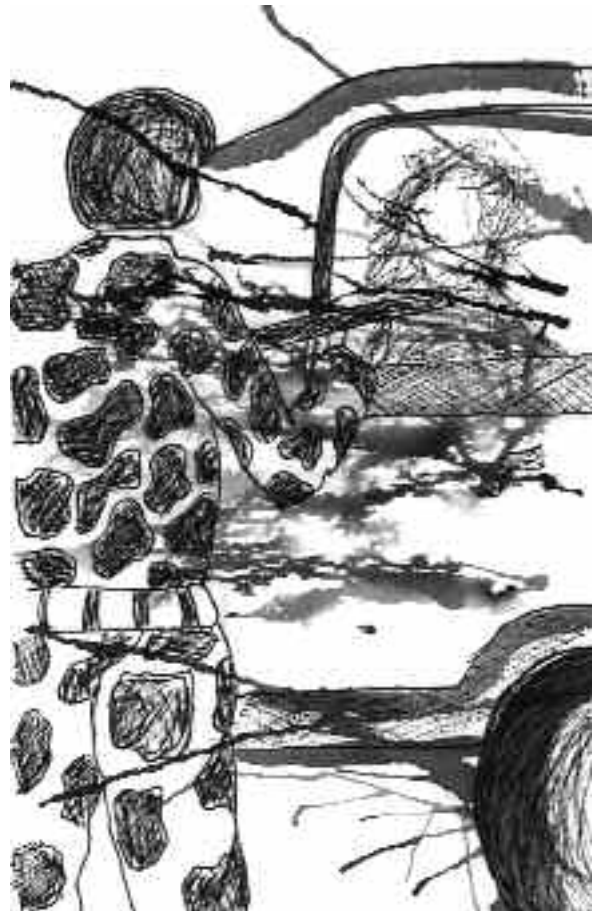
El guía se tambalea constantemente. Tiene los ojos rojos y los dedos amarillos. A veces me deja y se mezcla con el grupo para arrebatarnos la comida. Nadie puede

negarse; estamos cansados y dependemos totalmente de él. No sé qué hora es, han de ser las dos o tres de la tarde. Aquí a nadie le importa si te quedas, cada quien tiene que ver por sí mismo. Hace un rato pasó un helicóptero y tuvimos que correr a escondernos entre los matorrales, como ratas.

Hugo sigue a la camioneta donde va su hermana, pero tiene que volver a la central camionera. Después de unos minutos, se detienen y bajan para despedirse a punto de llorar. Silvia y la mujer, quien nunca se identificó, se dirigen a un hotel llamado “Las cabañas”. Allí van a recoger al grupo de emigrantes. La pollera intenta tranquilizar a Silvia. Ella puede tomar un baño y comer si quiere. Ahora está sola, encerrada con llave. No tiene hambre y tampoco puede conciliar el sueño. Un lapso de la noche se le escapó sin darse cuenta: la mañana se levanta azul por la ventana.

No desayunó. La mujer aseguró que sus compañeros no tardarían. No obstante, llegaron tres horas después. El hombre y la muchacha hablan acerca de la braseira. Son las diez de la mañana y el calor ya es intolerable, unos treinta grados centígrados. *Se la encargo mucho, a esta señora. Y tú, güerita, no te preocupes.*

Cruzamos una colonia en que la mayoría de las casas está en construcción y las calles no están pavimentadas. Hay perros por todas partes, basura, todo está seco.





Nos estacionamos en una de esas casas. *Aquí es. Aquí te vas a estar hasta que yo diga*, me dice. Una decena de hombres espera allí, algunos sentados en los viejos sillones de la entrada. Las moscas vuelan plácidamente en este horno, felices con el montón de trastes sucios regados por todas partes, con restos de comida que trajeron los polleros.

Afuera es pura tierra. El lote está limitado con alambre de púas en frágiles postes improvisados. Los hombres sudan, bromean, fuman, platican acerca de sus otros intentos por cruzar la frontera. Alguien hace como que toca una guitarra maltrecha. Soy la única mujer, así que no hablo mucho con ellos, prefiero quedarme afuera. Un hombre de torso desnudo me cuenta algo de su último intento. *Es la quinta vez que me cruzo, pero ahora, si no paso, ya no voy a intentarlo. Hasta de esto se cansa uno.*

Son las seis de la tarde. Finalmente abordamos una camioneta *pick up* destartada que conduce una mujer joven. La caja está cubierta por un pedazo de hule azul para ocultar a los braceros, quienes harán el viaje acostados. Cuatro de ellos son de Michoacán, cinco de Guanajuato, el décimo es de Guerrero. Yo voy adelante con los traficantes. *Si nos agarran, tú no hables*, me advierte el muchacho.

Llevamos ya un buen rato recorriendo las faldas de un cerro. Está oscureciendo. Cada vez que tengo oportunidad pregunto dónde estamos. Nadie contesta. Unos soldados están haciéndole señas al chofer para que se

detenga. Son del ejército mexicano. *Tú no digas nada, nomás di que eres mi prima*, ordena el varón y baja de la camioneta para reunirse con el oficial de mayor rango. Todos debemos bajar.

Un militar se retira y nos llama uno por uno. Es mi turno.

—¿A dónde vas?

—A Arkansas.

—¿A qué?, ¿qué no tienes esposo o qué?

—Voy a trabajar... y no, no tengo esposo.

—¿Tienes hijos? —respondo con un gesto que sí—.

¿Cuántos?

—Dos muchachas, una de quince y otra de dieciséis.

—Ya están grandes, ¿no? ¿Por qué no las pones a trabajar?

—Para que se dediquen a la escuela.

—¿Y qué, vas al otro lado a buscarte un gringo?

No respondo. Intenta empujarme a unas piedras. Tengo miedo.

—Si te portas bien, no vas a tener ningún problema...

—¡Déjeme en paz! —lo empujo.

—Ándale, ya vete. Pero, ¿alguno de esos cabrones es algo tuyo?

—No.

Ahora pregunta cosas triviales: de dónde soy, dónde está el ejército, quién es el presidente. Terminó conmigo. Nos grita a todos. *Órale, cabrones, los voy a dejar ir, pero si se van, háganlo bien, no sean pendejos. Pónganse a trabajar y no le hagan nada*, me señala. *Voy a contar hasta tres, el que se quede chinga a su madre.*

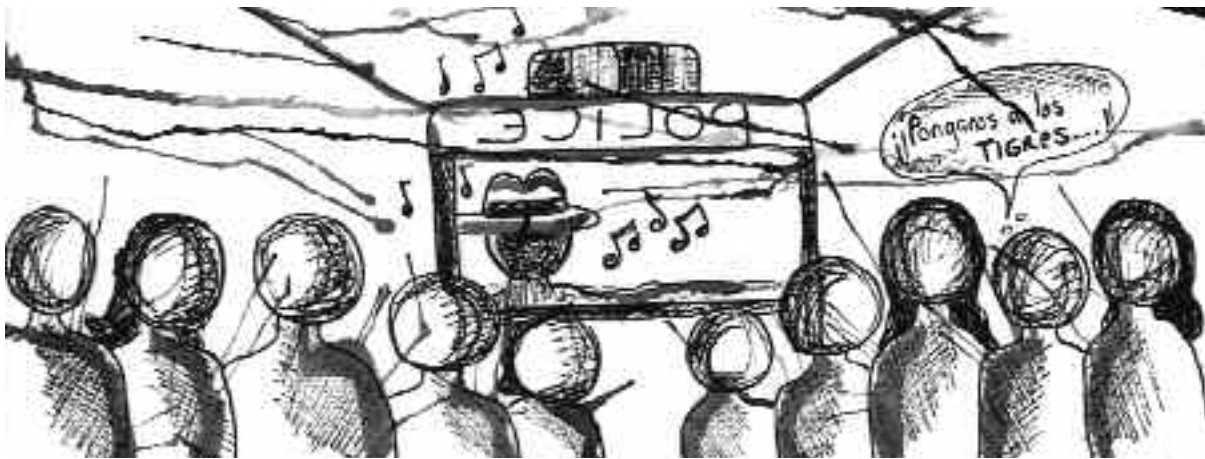
¡Uno... dos... tres! La estampida arranca en una nube de polvo. Estamos todos arriba, pero la camioneta no arranca. El militar se dirige a la pollera: *Si no se puede, váyanse a la chingada*. Dicho esto, arrancó la camioneta.

Es de madrugada cuando llegamos a una tienda pequeña, no hay casas alrededor. Nos dijeron que compráramos algo porque nos iba a dar hambre. Desde ahí el camino es a pie. La pollera se va aparte en la camioneta. El pollero que nos lleva va drogado. ¡Este cabrón! A ver si no nos mete en un pedo, viene bien mariguano.

El traficante nos advierte que andemos con cuidado. Me sujeta la mano con fuerza, más para apoyarse en mí que para protegerme. Cada cierto tiempo paramos para echarnos un rato en el suelo. Me entero de que el guía se llama Pablo. Siempre quiere descansar más a pesar del riesgo que implica. Los demás hombres lo despiertan y continúa con su obligación de malas.

Por varias horas andamos una ruta desconocida, nada más que arena y hierbajos. Tenía miedo de que este hombre nos perdiera, pero a esta hora ya no me importa. Tengo sed, apenas tolero la ropa. Es la una de la tarde. Podemos descansar, pero sin hacer ruido, en medio de unas zanjas cubiertos por varas y plantas secas.

Ya pasaron tres horas. Hemos estado esperando a Pablo, quien regresa con papas Sabritas, pan Bimbo y jamón. *Coman, pero no hagan ruido, a más tardar en una hora nos recogen*. Después de ese tiempo alguien



fuera de la trinchera grita: *¡Corran y súbanse, como van, cabrones! El que se queda se queda.* Subimos a la misma camioneta en que habíamos llegado. Nadie se quedó.

Nos detenemos. El hombre al volante baja de la camioneta dando pasos vacilantes. Se dirige a un huia-sche...

Vamos sobre la carretera gringa, según dicen los polleros, a ciento setenta kilómetros por hora. Un vehículo de la policía enciende la torreta y se empareja. *Ya nos chingaron,* murmura el chofer. El policía le pide los papeles. Se los enseña. No quiero mirarlo. Echa un ojo atrás y ve a los hombres cubiertos con el plástico azul. Está llamando a Migración y luego dice, con su acento inglés, *quédate callado, no hagas nada.* Pasan dos o tres minutos cuando llega una camioneta en la que nos llevarán a una estación. El segundo oficial se queja del olor que emana de nuestros cuerpos.

En la estación policial encierran a Silvia aparte. Su celda es blanca, tiene una banca de treinta centímetros de ancho y una ventana igualmente angosta al ras del techo. Detrás de una pared está el retrete. Por fin la llaman. Le piden nombre, edad y los mismos datos de sus padres así como su país de origen. Registran sus huellas digitales. Los demás también son interrogados.

Al terminar los suben a la camioneta. Los prisioneros se quejan de hambre, sobre todo el pollero. Un policía hartos les da una bolsa de papas. En el camino el policía que conduce pone en el radio música a su gusto, de su país.

—Ya que nos corre, pónganos a Los Tigres, a Intocable, algo bueno.

—Oh no, yo escucho lo que quiero, yo voy manejando. Pa' la otra les pongo la suya.

En la aduana los libera y les indica el camino por unos torniquetes. Del otro lado es Reynosa, Tamaulipas.

—No les deseo nada malo, pero si regresan, les deseo buen viaje para la próxima. Si no, les pongo la música que gusten. ♪

Silvia Elisa Aguilar Funes (Estado de México, 1984). Estudió ciencias de la comunicación en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM. Se ha desempeñado como asistente editorial en la producción de la Biblioteca del Periodista (FCPYS, 2004), el libro de relatos de viaje *Vuelo perdido* y la monografía *Ucareo* con Daga Editores. Labora como profesora adjunta en el área de periodismo de la FCPYS-UNAM.

La dualidad de la decadencia

Rodrigo Martínez

Todo relato de un suceso amoroso lleva a la consumación de un desamor. Toda ilusión acarrea desaliento. Se dice que *Rosenda* (1946) es la mejor novela de José Rubén Romero porque posee uno de los personajes femeninos más genuinos de la literatura mexicana. Esta afirmación es precisa, pero *Rosenda* es una obra magistral no sólo por la protagonista, sino porque resulta un caso singular en el universo literario de su autor. Fue la última pieza escrita por el michoacano. En ella hay una clara expresión alegórica —señal que caracterizó toda su estética narrativa—, así como un tono pesimista que acabó por revelar la visión final del escritor. El desamor o desilusión son los ejes de esta obra. Ambos dan forma a la dualidad de una decadencia.

Rosenda confronta la poética habitual de quien la concibió. En ella no hay elementos picarescos ni malabares verbales, mucho menos el humor de un Pito Pérez o el ambiente descarnado que aparece en *Desbandada* (1934). *Rosenda*, considerada un cuento largo por algunos, es una viñeta de provincia que muestra la decadencia de dos ilusiones: la del amor y la del bienestar. El mundo individual y el ámbito político aparecen como uno solo. El desengaño de una muchacha exiliada por un error adolescente es paralelo al desencanto de un pueblo con la Revolución. La joven pierde la fe en el amor mientras que la patria, que es la otra gran intérprete de esta historia, es dañada en carne y espíritu por un puñado de hombres que hicieron de la rebelión un acto de pillería.

La estética de esta novela se vincula con otras expresiones de su época. Hay un pesimismo que retrata



Rita Macedo en el papel de Rosenda (Julio Bracho, 1948).
Foto: Jack Drapper

<www.geocities.com/cinemexicano100/>
<<http://www.geocities.com/cinemexicano100/>>



Fernando Soler y Rita Macedo en *Rosenda* (Julio Bracho, 1948). Foto: Jack Drapper

el desengaño causado por la verdadera gesta revolucionaria; es decir, aquella donde se conformaron muchos frentes —todos dispersos— en los que se colaban auténticos pillos o simples oportunistas. Sólo que, en este relato, el acto de incredulidad está encarnado en dos figuras: una mujer y un pueblo. Rosenda y Tacámbaro son los verdaderos personajes de esta ficción. La primera es la recreación de la tierra michoacana; el segundo personifica una colectividad que nunca vio la materialización de sus anhelos de justicia y bienestar.

El argumento es muy sencillo. En medio de la fiebre revolucionaria —la cual todavía no alcanza la totalidad de Michoacán—, Salustio desea pedir la mano de su novia. El arriero recurre al abarrotero de Tacámbaro para que éste vaya a Pino Solo y haga la petición. El mercader cumple el favor, pero el padre de la joven, ofendido por el noviazgo clandestino, la echa de casa. De vuelta al pueblo, el tendero pide a doña Pomposa que albergue a Rosenda mientras él busca al pretendiente. El prometido ha huido y ahora el comerciante tiene que mantener a la muchacha. La vieja y el nuevo tutor se encariñan con Rosenda quien, a pesar de su silencio, se muestra laboriosa y perspicaz. Pomposa fallece y la relación entre el mercader y la joven prospera hasta convertirse en intimidad. El pueblo comienza a juzgarlos. Los amantes tienen que separarse porque la violencia armada y el recelo local amenazan la vida de la adolescente. Ella emigra a Morelia y espera al dependiente en vano. El hombre, sometido a las volteretas de la Revolución, nunca logra reencontrarla.

La imagen femenina es una síntesis de la provincia michoacana. Vemos a una persona noble y abnegada;

una mujer que, a pesar de sus maneras recias, no pierde la lozanía característica de la adolescencia. Toda la obra —el conjunto de lo relatado y la totalidad de la semántica que contiene— están dominados por la imagen y el temperamento de la protagonista. Además de una figura notablemente verosímil, Rosenda es un arquetipo literario de los pueblos remotos de Michoacán. Ella encarna la tierra y la delicadeza. Hay un relato análogo que comparte con *Rosenda* la construcción de una alegoría: *La tierra pródiga*, de Agustín Yáñez, novela mayor cuya arquitectura también contiene la expresión de una dualidad encarnada en el paralelismo que fundan la mujer y la provincia.

Si bien *Rosenda* es la materialización de un mito alegórico, también representa la lealtad de la gente michoacana, sobre todo de aquella que comparte aspiraciones trascendentes. En la novela, la sumisión de los pobladores parece una recreación de la fe colectiva. Esta convicción muestra que la tierra, alimentada por sus habitantes, semeja a una gran mujer colmada de expectativas. Cuando la desilusión amorosa de la joven ejerce su maleficio, la región que la circunda, también en desencanto, se desploma en episodios de temor y violencia. La dualidad de *Rosenda* brota del paralelismo existente entre el desamor femenino y el desaliento de la provincia por las consecuencias de la revuelta armada.

Rosenda significó un giro en la literatura de Romero por su visión en torno a la mujer. A diferencia de *El pueblo inocente* (1934), donde el protagonista iba a ser engañado por una adolescente, la traición no ocurre de la mano de la muchacha, sino que va en contra de

ella. Rosenda es una mujer sencilla. A los ojos del abarrotero es incapaz de cometer una ingratitud. Su destino es convertirse en el terreno para la batalla de los hombres. Despojada de su familia por la tradición, la muchacha pierde a su comprometido al tiempo que surge un movimiento social presuntamente moderno. Ni el amor ni la Revolución —nada que resulte un cambio en su vida pasada— acarrear cosas favorables. De allí que la inocencia se vuelva un arma en su contra.

El choque de estos universos la obliga a la soledad. Tanto la tradición como la modernidad, el ambiente cotidiano y los cambios que se avecinan, le deparan complicaciones. En tal desamparo no hay más alternativa que el pesimismo. El pasado y el futuro aparecen sombríos. Ni siquiera el progreso —simbolizado por las lecciones que el viejo imparte a Rosenda— sirve para erradicar los males. En el andar pesaroso de la joven, así como en la miseria del pueblo de Tacámbaro, se impone la decepción al tiempo que reina el temor y la incredulidad.

La dualidad en la figura principal de la novela adquiere significado cuando ocurren cambios o tragedias. Rosenda siempre es perseguida por la moral. Primero es expulsada de su propia familia. Luego, el pueblo de Tacámbaro la mira con recelo por su romance con el abarrotero.

Si admitimos que la muchacha es una representación de la colectividad, no es difícil percibir que la tierra michoacana —trasfondo y personaje en *Rosenda*— también es representada como una entidad sometida a las leyes de la tradición. La joven, en tanto imagen concreta, ha perdido el amor del seno familiar y tam-

bién el de sus prometidos. La tierra, como cuerpo total, no se despoja de los excesos de la ideología ni tampoco de sus carencias. Cuando llega la Revolución, la región se modifica. El segundo exilio de la joven es un andar que va del rencor a la madurez. Del mismo modo madura el pueblo michoacano.

Aunque *Rosenda* no es una novela de contenido social, ni mucho menos de tema político, la noción que contiene es de profundo escepticismo ante la gesta revolucionaria. Se trata de una historia de amor y desamor. Sin embargo, la concentración del carácter femenino en la protagonista apunta hacia un sentido más abarcador. Al pretenderse una personificación de Michoacán, *Rosenda* se descubre como una alegoría donde la mujer nativa y su pueblo fundan el pesimismo. La mirada de Romero es la de un pensador ante la historia regional. Lo que deja al lector es la versión localizada de una tragedia indeseable; la imagen de un hecho que sólo trajo caos y descontento. El hecho que separó a la mujer de su segundo amor.

Rosenda es una descripción de la metamorfosis individual y colectiva. Aquí se puede atestiguar la maduración de una mujer que, conservando sus rasgos primitivos, se adapta a numerosas circunstancias. En cuanto a la tierra y sus habitantes —en esta ocasión adheridos como recreación de Tacámbaro—, ocurre lo mismo. La existencia más o menos fortuita del pueblo, donde la gente tenía posesiones, vida y miserias, se corrompe con la Revolución. El problema radica en que, si en Tacámbaro había una ilusión por el movimiento —y si es que había insurgencia—, ésta se desenmascaró revelándose como mera pillería, como una

vorágine donde delincuentes comunes y oportunistas obtuvieron provecho del desorden; sólo había malhechores que iban de pueblo en pueblo, por toda la tierra, robando hogares, asesinando familias y violando mujeres. La dualidad decadente se consume en este acto de violencia contra la tierra.

A más de sesenta años de su publicación, y luego de haber sido llevado al cine por Julio Bracho en 1948, esta novela contiene uno de los grandes personajes de José Rubén Romero y uno de los mejores de la narrativa mexicana. Se trata de un ser que el autor descubrió durante la juventud en su pueblo natal; un ser que, convertido en literatura, es pleno y contundente. A pesar de ello, el verdadero empuje de *Rosenda* radica en la intensidad de los conflictos y de los sentimientos humanos que la habitan. El amor lo es todo. Encarna el principio y el fin, el ensueño y el desencanto. Como toda novela de primer orden, *Rosenda* logró una plasmación concreta e intensa de la condición humana.

La maduración de la protagonista es la debacle de su ilusión. Lo mismo pasa con el personaje que relata la historia. Él también padece por un amor inalcanzable. De allí que asegure, aletargado y triste, que “una mujer siempre deja hueco, y el hueco de una mujer absorbe por entero la vida de un hombre. No importa que sea fea, inculta, parlanchina y silenciosa; se aferra a nosotros como las manchas a un vestido viejo, sin que exista sustancia que nos la pueda arrancar”.

Todo relato de un suceso amoroso lleva a la consumación de un desamor. Y la historia, como el amor, es a veces una ilusión que se convierte en desencanto. **P**

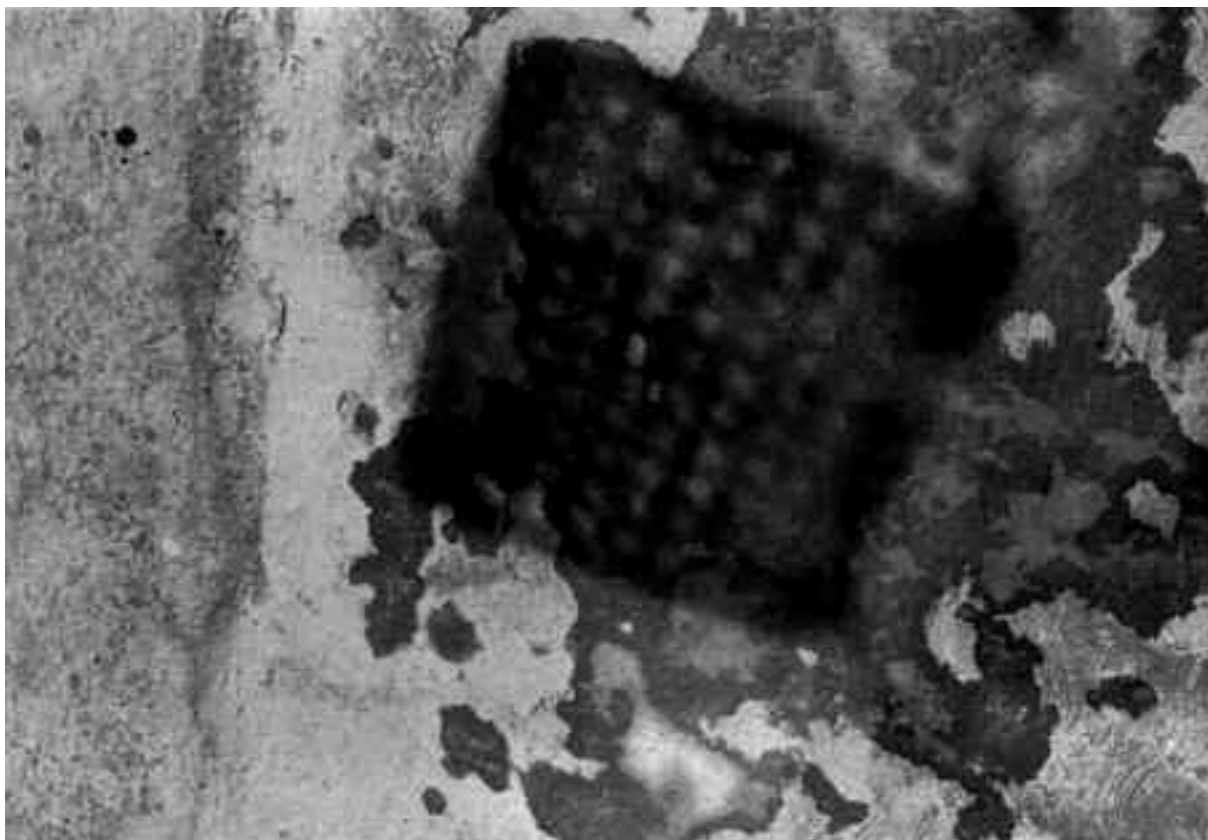
Rodrigo Martínez (México, 1982) es ensayista, narrador y comunicólogo por la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM. Ha publicado en las revistas *Punto de partida*, *El Universo del Búho*, *Viento en vela*, *La revista*, así como en el suplemento *Confabulario (El Universal)* y el diario *El Financiero*. En 2004 obtuvo el Premio Nacional de Ensayo Universitario Agustín Yáñez organizado por la revista *Tierra adentro* y el CONACULTA. Fue ganador del premio de cuento del XXXV Concurso de *Punto de partida*. Un año después recibió el premio de crónica del mismo certamen. Su trabajo periodístico ha sido incluido en las antologías *Relatos periodísticos de la vida universitaria* (2003) y *Voces y narraciones periodísticas de universitarios* (2004), editadas por la Agencia Universitaria de Noticias-AUNAM.

El origen de todo

Karla Machado Silver

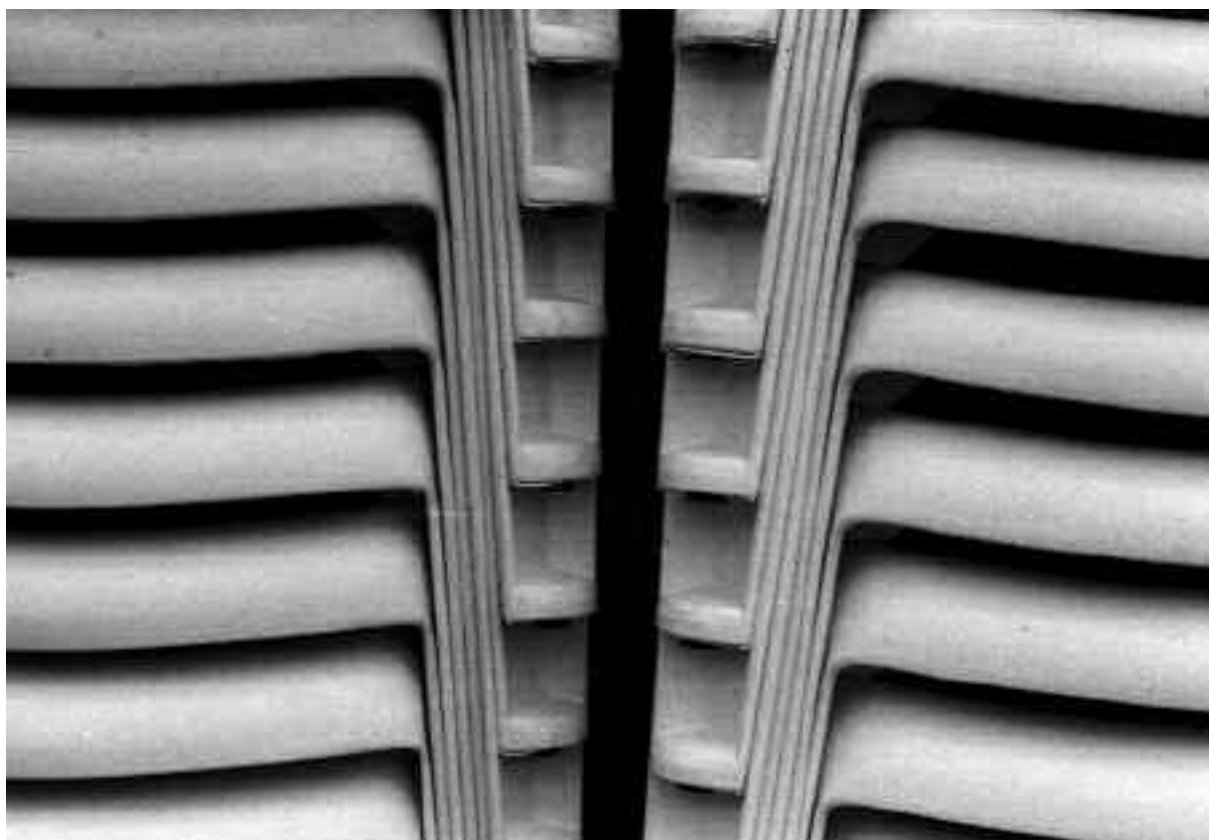






Plata sobre gelatina, 8 x 10 pulgadas, 2005

pp. 40-41: Plata sobre gelatina, 8 x 10 pulgadas, 2005.



Plata sobre gelatina, 8 x 10 pulgadas, 2005



Plata sobre gelatina, 8 x 10 pulgadas, 2005



Plata sobre gelatina, 8 x 10 pulgadas, 2005

Karla Machado Silver (México, 1984). Artista visual. Es egresada de la Escuela Nacional de Artes Plásticas de la UNAM. Actualmente estudia la licenciatura en diseño industrial en la Facultad de Estudios Superiores Aragón, UNAM.

Foncé

Darío Alberto Meléndez Manzano



Técnica mixta, 21 x 13.5 cm, 2007



Técnica mixta, 21 x 13.5 cm, 2007



Técnica mixta, 21 x 13.5 cm, 2007



Técnica mixta, 21 x 13.5 cm, 2007



Técnica mixta, 21 x 13.5 cm, 2007

Darío Alberto Meléndez Manzano (México, 1985). Cursó la licenciatura en artes visuales en la Escuela Nacional de Artes Plásticas de la UNAM. Ha colaborado con el maestro Luis Nishizawa en la realización de pintura mural y de caballete. Recientemente obtuvo un premio en el concurso “Ilustra teu Moleskine” en la ciudad de Leiria, Portugal (Daga, 2007).

Luvina

REVISTA LITERARIA • UNIVERSIDAD DE GUADALAJARA



Tiempo colombiano

Álvaro Mutis, Héctor Abad Faciolince,
Juan Manuel Roca, Piedad Bonnet,
Giovanni Quessep, Juan Gustavo Cobo Borda,
Vicente Quirarte, Antonio Deltoro,
Marco Antonio Campos

NÚMERO 49
INVIERNO DE 2007

De venta en Sanborn's y en librerías Gandhi y Educal


Cosecha de Caza de Letras

Mónica Lavín

El lector tiene ante sí cinco textos producidos durante el *virtuality* literario Caza de Letras. Espero que su lectura recree el gozo sorpresivo que produjeron en cada uno de quienes participamos como escritores, lectores o jurado en esta aventura que compartimos con entusiasmo, adrenalina y desvelos durante dos meses. Su relectura me emociona por cuanto confirmo que estoy ante el talento, originalidad y fuerza que cada una de estas piezas destila. Destacadas ahora en las páginas de la revista *Punto de partida* no parece que fueron escritas bajo la presión del tema, la extensión y el tiempo. Hacen pensar, después de esta experiencia de concurso-taller, que bajo presión se pueden producir textos excepcionales, donde el autor se ve forzado a utilizar sus recursos imaginativos y expresivos al vapor y asentarlos por escrito, con lo que la noción de permanencia y exposición implican. Caza de Letras permitió esgrimir una batalla de talentos y audacias, de velocidades y azares que consiguió el triunfo de una concursante, Fernanda Melchor, pero la afirmación del camino que todos quieren y pueden andar. Caza de Letras me tuvo en suspenso, atenta y enganchada a los trabajos cotidianos de quienes participaban y a los comentarios siempre enriquecedores de Álvaro Enrígue y Alberto Chimal. Leer los textos con sosiego me remite al brío y la velocidad de entonces y al deleite de que existan a salvo de la prisa.

Llama la atención que tres de los textos que dan muestra del trabajo de los finalistas y de la ganadora de Caza de Letras correspondan a la imagen de un tranvía con dos mujeres vestidas a la usanza de los años

veinte, que preludivió uno de los ejercicios del maratón. Tal vez porque toda imagen cuenta una historia (la que cada uno ve) o porque su referencia a otra época es un acicate para fabular, pero cada uno a su manera ha dejado un texto memorable: Barrita de Mandarina (Diana Gutiérrez Pérez), por vía del humor y el absurdo de quien espía a la mujer de un personaje importante; Ajo Kano (Álvaro José Camacho Neumann), a través de la evocación poética donde Recuerdo Salazar es ya un recuerdo que compartimos con Metodiodio; y Falanja (Fernanda Melchor), en su cuento de claroscuro donde en la brevedad del trayecto en tranvía devela el tormento de identidad amorosa de una adolescente. Con “El nuevo sepulturero”, minificción emanada del ejercicio que pedía la presencia de un legionario romano, Fernanda nos muestra su versatilidad, así como su capacidad de concisión y precisión. Las imágenes de Falanja poseen resonancias sonoras. En “Julianada Concepción”, Kusco (David Pruneda Sentfés), muestra su dominio temprano del cuento, su habilidad para colocarnos en el pellejo del protagonista donde la inocencia y la maldad, el cielo y el infierno se rozan. Un cuento ante cuyo encanto sonreímos halagados.

Goce el autor esta muestra diversa e intensa con la certeza de que está frente a voces distintivas y que, de persistir la voluntad escritural de los autores, estamos en la antesala de su franca dedicación a las letras. La buena estrella ya los ha señalado. 

Octubre 2007

Corazón de pollo

Fernanda Melchor

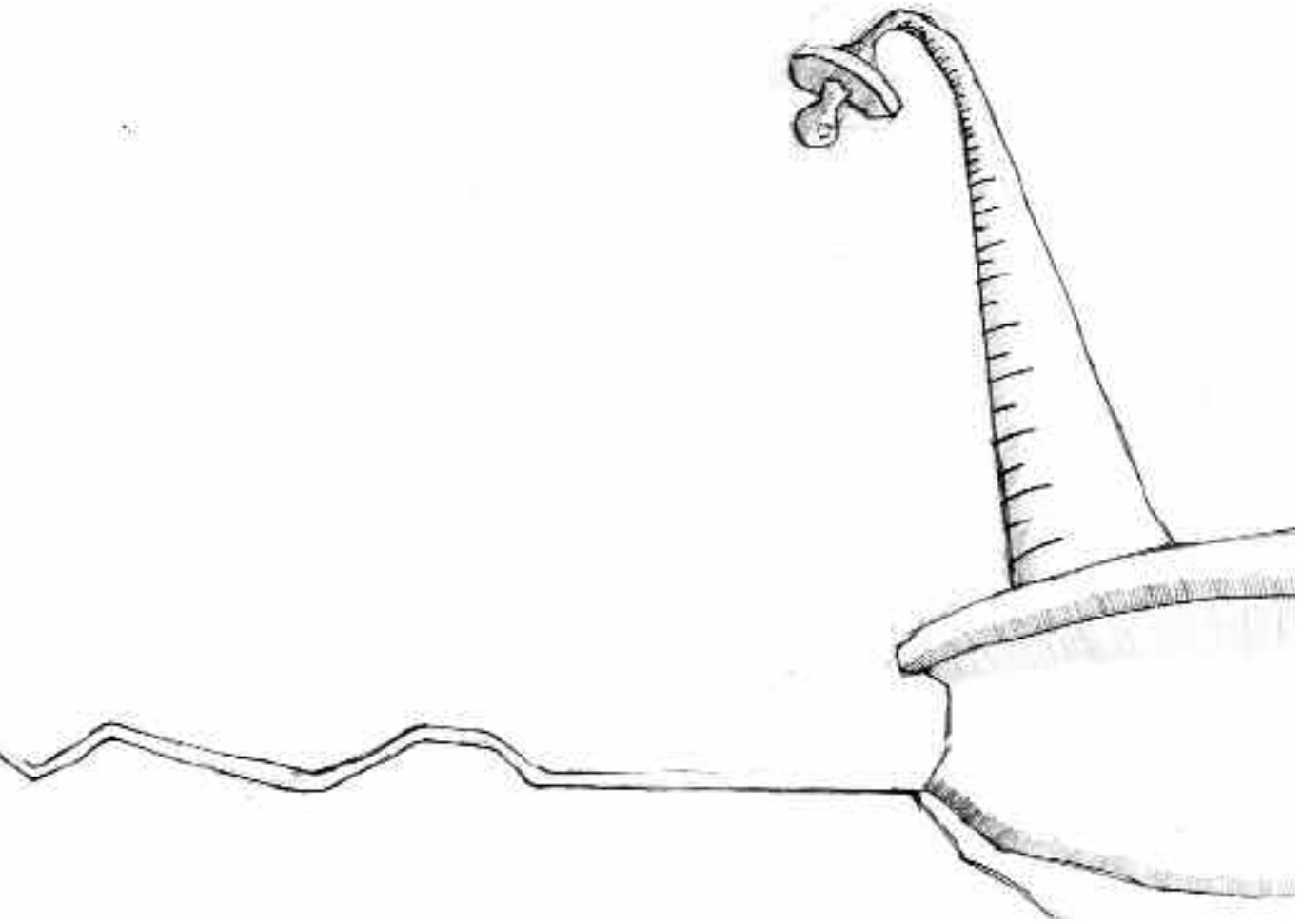
FALANJA ADARCE

Quiero bajarme del tranvía, pero no me atrevo. Sé que ya estamos cerca porque comienzo a ver las barrancas llenas de piedras. Las casas del barrio de Adelfa parecen hechas de lodo y rocas. No hay vidrios en las ventanas ni tejas en los techos. Los perros que nos persiguen llevan los hocicos muy abiertos, repletos de dientes quebrados y churros de tierra.

Quiero bajarme ahora, aunque me rompa la cabeza, aunque queden mis sesos embarrados sobre las vías, aunque me muera. Porque si me muero ya no tendré que guardar secretos ni cumplirle a nadie ninguna promesa. Sería libre, aunque Adelfa se volviera loca y papá muriera de la pena. Si yo saltara del tranvía y me muriera desangrada, Adelfa se jalaría de los cabellos hasta quedarse pelona, como pasó aquel día en que regresó del hospital sin su bebé. Y papá se haría viejo sin que nadie lo notara, olvidado entre fantasmas y muebles cubiertos de polvo.



Ilustraciones de Darío Meléndez, ENAP-UNAM



¿Y qué tal si no me muero? ¿Qué tal si brinco y me golpeo, pero sólo me quedo idiota, con la cara chueca? ¿Qué tal si me encierran en el cuarto del fondo y me amarran a la silla que tiene correas, para darme toques en todo el cuerpo? Papá jura que mamá no sufría, que la manivela eléctrica servía para curarle el cerebro. Pero era Adelfa la que me apretaba contra sus pechos, la que me cantaba y me metía sus dedos en las orejas para que yo no escuchara los gritos.

Quiero que Adelfa suelte mi mano para poder secar la palma con el pañuelo. Me escurre el sudor por los cachetes, por la frente, desde la línea del pelo hasta la barbilla. Si tan sólo mis pechos no se agitaran, tan odiosos y pesados, por debajo del corpiño; si mis muslos y mi vientre pudieran adelgazarse hasta hacerse planos, rectos, las curvas invisibles. Si no tuviera que usar las medias que me acaloran tanto y que delinean asquerosamente el contorno de mis tobillos. Adelfa estruja mis dedos, acerca su sonrisa a mi nuca. Cree que el chofer ha estado mirándome las pier-

nas todo este tiempo. Sonrío, pero siento un vacío en la garganta, como si el aire se me estuviera escapando por un hueco.

Adelfa conoce tan bien mis nervios que sabe que si aflojara el apretón por un solo segundo me escaparía, me arrojaría por la puerta trasera del tranvía sin demasiado miramiento. Sus manos ásperas acarician mi barbilla, me llama princesa, niña bonita. Dice que todo estará bien, que pronto llegaremos a su barrio, que no nos costará trabajo dar con ese indio que adivina los sueños.

Tengo ganas de esconder mi cabeza en su falda, de meter mi cara en su vientre, como en las noches en que los fantasmas me destejan las hebras del sueño con sus quejidos, y tengo que arrastrarme hasta la cama de Adelfa para dejar de temblar. Papá dice que son los maullidos de los gatos, que se meten al sótano a hacer sus porquerías, pero Adelfa y yo sabemos que la causa de tan espantosos chillidos no es ningún felino ni cualquier otro animal terrestre. Hemos puesto trampas y veneno en todas partes, sin que jamás hubiéramos atrapado ninguna alimaña. Adelfa dice que los gritos provienen de las ánimas del purgatorio que Dios nos manda para hacernos pagar por nuestras faltas. Así que las dos rezamos en voz alta, todas las noches, pidiendo perdón y clemencia a la Virgen, al Cristo, a Dios Padre, a San Martín de Porres, a San Judas, a San Ramón Nonato. Les rezamos arrodilladas frente a la credencia donde hemos pegado las estampas, pero el escándalo satánico no cesa. Dice Adelfa que nuestros pecados son tan graves que no bastarían ni tres mil novenas para atravesar las nubes y llegar a los oídos de los santos, allá en el cielo.

Adelfa siempre es buena conmigo. Deja que me meta debajo de sus sábanas y me envuelva por completo con sus brazos, como si fueran una cobija. Su piel huele a pan caliente con mantequilla, a caramelo sobre fruta rancia. Adelfa acaricia mis cabellos formando círculos con sus uñas, espirales que de pronto se deshacen en hormigas que, traviesas, se pierden dentro de mis axilas o debajo de mi ombligo, haciendo que suspire o que me parta en cosquillas, que olvide la mordida del pavor sobre mi boca o el terrible peso del secreto.

El chofer del tranvía hace sonar la campana, pero aún no detiene la marcha ni sube a más pasajeros. Adelfa y yo seguimos solas. Miro su cuerpo encorvado, su rostro duro, como una máscara forjada en acero, y me entran deseos de besarla, pero sé que ella no lo permitiría. Al menos no hasta que habláramos con el brujo, el que dicen que tiene poderes diabólicos para hacer cumplir los deseos.

Quiero saltar del tranvía porque no quiero contarle a nadie más mi secreto. Ni a Adelfa, ni a papá, ni al médico de mi madre, ni al indio que mira dentro de las almas para adivinar los ensueños. Adelfa estruja mi mano, sonrío, me mira con ojos serenos. Su hermoso cabello escapa del gorro en rulos dorados. Quisiera ser varón para atraparla del cuello, para devorar sus labios y hundir mis dedos en su carne, la más secreta. Para enterrarme en ella y reponerle al hijito aquel que se le ahogó en una espadañada de sangre.

El tranvía se detiene. Adelfa suelta mi mano. El candilazo alumbra sus cejas. Aunque los aullidos acaben para siempre con mi sueño, vendería mi alma al mismísimo demonio con tal de estar con ella. **P**

El nuevo sepulturero

Fernanda Melchor

FALANJA ADARCE



Ilustración de Jarumi Dávila,
ENAP-UNAM

Era un viejo macilento. Un carcamal marchito. Era un guiñapo cubierto de sangre y polvo que vagaba entre las tumbas, vociferando pesadillas.

Su miserable figura era notoria desde el cerro, aquella breve prominencia que se alzaba frente al valle del río, y sobre la cual montaba guardia Lucio Flavio Domiciano, soldado de la Legión del Estrecho.

Ambos se hallaban apostados a lo largo del camino que llevaba a la aldea. Flavio vigilaba el tránsito mientras calculaba la distancia que separaba su lanza de la nuca del sepulturero. Éste, habitado por demonios, hendía su propia carne con piedras y huesos, ladrando versos que hacían llorar de espanto a los pastores.

Cierto día, el legionario observó la visita al campo santo de un andrajoso rabino. Escuchó los alaridos del espectro al humillarse ante el hebreo.

El árido clamor subió por el camino.

Un hato de cerdos pisoteó la espalda del soldado contra el suelo.

Cuando abrió los ojos, Lucio Flavio Domiciano se halló desnudo en medio del cementerio. 📍

Fernanda Melchor (Veracruz, 1932). Es licenciada en periodismo por la Universidad Veracruzana y tiene una mención en ciencias políticas por el Institut d'Études Politiques de Rennes. Ha sido reportera y editora en medios de comunicación locales y estatales. En 1995 fue finalista del Premio Sergio Pitol (cuento) de la Universidad Veracruzana. Ese mismo año recibió una beca de Estímulo a la Creación Artística del Gobierno de Veracruz para escribir la novela inédita *Morir en viernes*. En 2002 obtuvo el Premio al Estudiante Universitario Jorge Cuesta en la categoría de cuento. Actualmente es bibliotecaria y docente en una institución de educación superior, y coordina el blog olasdesangre.wordpress.com, especializado en la violencia dentro de la ciudad de Veracruz. Con el seudónimo Falanja Adarce fue ganadora del concurso-taller en línea *Caza de Letras* organizado por la Dirección de Literatura de la UNAM.

Recuerdo Salazar

Álvaro José Camacho Neumann

AJO KANO

Recuerdo. Así se llamaba: Recuerdo Salazar. La primera vez que la vi, Metodio nos iba dando la espalda, como siempre, llevándonos por un centenar de calles, guiado por esos cables eléctricos que partían el cielo grisáceo. Frente a nosotros dos chicas hablaban en susurros y de vez en cuando nos miraban. Mis labios permanecían mudos. Los ojos de Recuerdo retrataban, lejos de los míos, el paisaje oscuro que desfilaba tras la ventana.

Bajo un cielo cobalto que apenas dejaba entrever los visos opacos del tiempo, tomé el tranvía en uno de los costados del Zócalo. Metodio, el chofer, vestido con su uniforme azul, me dio una parca pero cálida bienvenida. “Hacia Xochimilco”, me dijo con una sonrisa. Cinco minutos después el cielo se cubrió de nubes negras y se desató una tormenta. El granizo retozaba grotescamente sobre el techo del vagón. Una joven abordó el tranvía en la colonia Obrera. Olía a sándalo húmedo. Su sombrero y su chaleco de vino tinto, su tez blanca, sus labios de rosa pálida, su falda marrón destilaban hilos de agua. Se sentó frente a mí. Tiritaba. Instintivamente me acerqué a ella para ofrecerle un poco de abrigo. Clavó sobresaltada sus ojos en los míos, pero mi saco ya tocaba su espalda. Me senté a su lado y ella bajó la vista.

—Apenas llegue a su parada puede devolvérmelo —le dije, señalando el saco.

Permaneció callada, balanceándose hacia delante y hacia atrás. Afuera anochece.

—Mi nombre es Darío, ¿y el suyo? —pregunté incómodo por su silencio.

—Recuerdo —dijo, mirándome de nuevo—. Recuerdo Salazar.

Esos ojos de avellana y ese rostro pálido salpicado de gotas se quedarían en mi mente para siempre.

El tranvía se detuvo y Recuerdo se levantó. El saco resbaló por su cuerpo y cayó en el asiento junto a mí. Sin una sola palabra se dirigió a la puerta y abandonó el vagón.

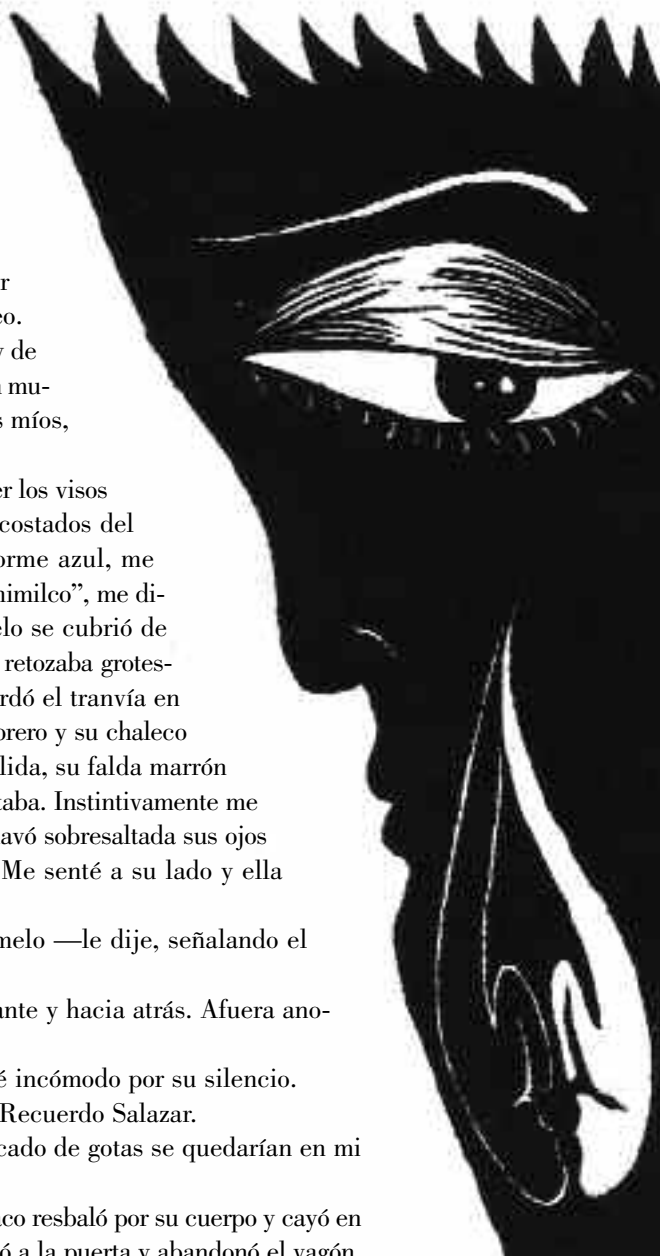


Ilustración de Gabriela Vázquez Carlos, ENAP-UNAM

La espalda de Metodio fue testigo de todas las veces que me encontré de nuevo con Recuerdo, quien aparecía de repente, a veces en mi trayecto a casa, a veces cuando me dirigía al Zócalo. Nunca pude articular un horario para encontrarla a propósito. Llegaba como la lluvia en mayo o las cabañuelas en febrero; se me presentaba pálida en unas ocasiones, bronceada en otras. Con el pelo lacio o chino. De vestidos largos o chalecos ajustados. Con zapatos bajos o tacones. Alegre o taciturna. La descubría tarareando canciones de Agustín Lara, trazando dibujos en alguna pequeña libreta, suspirando distraída mientras miraba a través de la ventana. La olía. Su aroma de rosas o de frutas o de sándalo o de sudor me acompañaba muchas horas después de aspirarla.

Y mientras más la encontraba, menos me reconocía.

Cuando pintaron de amarillo los tranvías ya estaba yo casado con una mujer que no era Recuerdo, y cuando dos líneas aerodinámicas adornaban los costados de los vagones, la enfermedad hereditaria de mi padre causaba estragos dentro de mí.

Seguí viajando en el tranvía, vislumbrando casualmente y entre figuras borrosas la imagen de Recuerdo, hasta que mis ojos cascados me alejaron de las formas. La escuché tararear canciones o reír desde algún asiento hasta que mi respiración silbante me apartó de los sonidos. Sólo me quedaba el vago rastro de su aroma y de su piel para sentir que estaba cerca. Pronto ya no pude continuar los trayectos detrás de Metodio.

En mi pecho nació un hoyo, pesado como un vagón, que crecía a cada minuto. Mis palabras se volvieron toscas, mi ánimo desalmado, violentas mis manos. No podía pensar en el hogar, ni soñar siquiera con sonrisas. Todo se quedó en el tranvía, bajo un cielo gris, con Recuerdo tiritando a mi lado. Escuchaba lejano el llanto de mi esposa. Sus gritos no hacían más que socavar el dolor encerrado en mi cuerpo insoporrible. Desidia. Apatía. Acedía.

Mi mujer me invitó al Zócalo en el tranvía para intentar mitigar el malestar. Metodio ya no estaba. Desapareció para mí como debí desaparecer yo para él. El tranvía se me hizo ajeno. Los rostros difusos de los pasajeros eran completamente inexpresivos, advenedizos. A mitad del regreso el cielo se cubrió de nubes negras y se desató una tormenta. El granizo retozaba grotescamente sobre el techo del vagón. Mi mujer, con la boca abierta, roncaba descaradamente con la cabeza contra la ventana. Me puse de pie con algo de esfuerzo. “Que se pudra el tranvía”, murmuré mientras bajaba del vagón. 📍

Álvaro José Camacho Neumann (Cali, 1979). Estudió Diseño Gráfico en el Instituto Departamental de Bellas Artes Antonio María Valencia de Cali. Ha realizado cursos y diplomados de comunicación visual, guión de largometraje cinematográfico y creación audiovisual interactiva. Se ha desempeñado en los campos de la publicidad y la industria editorial. Ha publicado poesía en antologías de España y Colombia. Fue finalista del concurso-taller en línea *Caza de Letras* con el seudónimo Ajo Kano.

Julianada Concepción

David Pruneda Senties

Kusco

Para Ana

Cuando Julián encontró a Jesucristo muerto en el estacionamiento, supo que la cosa iba en serio. Esos bravucones de secundaria eran peligrosos y no bromeaban. Se lo habían advertido; no, lo habían amenazado de la manera más brutal, con un “eh” y un empujón en el hombro izquierdo.

La semana pasada, Julián había visto a los tres pubertos robar la cartera de la maestra que cuidaba a los de primaria los jueves en la tarde, mientras llegaban los profesores de los talleres vespertinos. Ese jueves no se quedaron muchos alumnos después de clases porque el viernes era festivo y la mayoría de las familias quiso empezar el puente desde la recogida de los niños a las dos y cuarto. La maestra había salido a arreglar asuntos de maestras, cuando esos mastodontes de secundaria entraron como ladrones profesionales al salón, sabiendo exactamente dónde estaba lo que buscaban y cómo conseguirlo. En



Ilustraciones de Gabriela Vázquez Carlos, ENAP-UNAM

el momento en que emprendían la huida, los tres se percataron de la presencia del único niño sentado al fondo junto a la ventana. Rodrigo Benítez, el mastodonte alfa y uno de los cuatro alumnos de la escuela que ya tenían barba, se acercó a Julián y le dijo que si los acusaba con alguien, iban a matar a quien lo confesara, sobre todo a su mamá o a su papá. El niño de segundo de primaria, temblando como un chihuahuero recién bañado, no abrió la boca. Rodrigo Benítez selló la amenaza con el “eh” y con el golpe de su dura pezuña en el hombro de Julián. Los delincuentes se fueron corriendo entre risas mitad triunfadoras y mitad nerviosas, espantando a las palomas en el patio.

Cuando el robo salió a la luz, nadie sospechó de Julián, el niño más aplicado y mejor portado de su salón, pero sí le preguntaron si había visto algo. De nuevo, no dijo ni pío. El lunes, la directora de la escuela anunció en la ceremonia cívica que iniciarían una investigación y que la primaria estaba castigada hasta nuevo aviso. No especificó el castigo, lo que

lo hacía todavía más temible para los alumnos. Ese mismo día, en el camino de regreso a la casa, Teresa Domínguez presintió que su hijo, en lugar de la mochila de camuflaje, cargaba una preocupación sobre los hombros.

—¿Qué te pasa, Julián?

—Nada, mamá.

—¿Seguro? Estás muy serio.

—Nada, mamá, de veras.

Ella detuvo la caminata y miró a Julián a los ojos.

—Oye, sabes que puedes decirme cualquier cosa.

—Sí, mamá.

—¿Entonces?

—Nada.

Teresa Domínguez abrazó a su hijo.

—Bueno, no voy a obligarte a que me lo digas a mí, pero si algo te molesta, siempre puedes hablarlo con Jesucristo, recuérdalo.

—Sí, mamá.

Los dos continuaron el regreso en silencio.

Después de la comida, Julián fue a jugar fútbol como todos los días antes de hacer la tarea. Era un tronco, pero le gustaba la cáscara y siempre le echaba todas las ganas en cada partido. Esto nunca evitó que fuera el último en ser escogido a la hora de hacer equipos. Además, el fútbol no era el único atractivo que tenía salir a la unidad en la tarde: el camino a la cancha pasaba por el edificio donde vivía Mariana Medina, la chica más bonita del mundo. Iba en tercero de secundaria y todo el tiempo tenía novio, uno distinto cada mes, más o menos. La mamá de Julián y la de Mariana se habían hecho amigas hacía cuatro años, cuando esperaban a que terminara la clase de natación de sus hijos. Mientras veían hacia la alberca desde la vitrina de la cafetería, la señora Domínguez y la señora Medina habían aprendido juntas el punto de cruz y el bordado. Cuando la acuática cerró debido a una demanda por acoso sexual, supuestamente de un instructor hacia una de las niñas del equipo de competencias, las señoras no dejaron de frecuentarse. A veces salían al teatro o a tomar un café, y en la mayoría de las ocasiones Julián era llevado a casa de Mariana para que no se quedara solo. No era la mejor niñera, se la pasaba en el

teléfono. Sin embargo, cada vez que Julián le pedía algo, ella se lo traía con una enorme y perfecta sonrisa.

Con balón en mano, Julián veía a Mariana sentada con sus amigas en la escalera de la entrada, hable y hable como cotorras; esto le molestaba de las niñas de su salón, pero en ella era distinto. Siempre que Julián pasaba junto al grupo, Mariana lo saludaba con esa sonrisa que tanto le atraía. Una vez el balón salió disparado fuera de la cancha. Julián gritó: “¡Bolita!”, y Mariana regresó la pelota pateándola como niña (con lo torpe que era, él tampoco tiraba muy bien, sin una gota de puntería, pero de todas maneras, no le pegaba tan mal como las niñas). Ella volvió a sentarse y siguió platicando. Julián recibió el balón con el mismo gusto con que recibió su Nintendo la Navidad pasada.

Aquel lunes por la tarde —el día del hallazgo—, Julián no caminó junto al edificio de Mariana porque algo llamó su atención en un rincón del estacionamiento. Se acercó con más curiosidad que miedo. Detrás de un coche rojo y entre los botes de basura estaba Cristo. Julián lo reconoció; era igualito al del crucifijo arriba de su cama y de la cama de sus papás. Iba vestido de manera distinta (con unos pantalones color cemento, rotos en las rodillas y el dobladillo, y una chamarra verde oscuro demasiado grande para él), pero su cara era la del hijo de Dios. Tenía la misma barba larga, tupida y un tanto descuidada que se amoldaba suavemente al rostro de su dueño —no como la incipiente e hirsuta barba de chayote de Rodrigo Benítez—, el mismo cabello ondulado hasta los hombros habitado por nudos de pelos que formaban caireles, la misma mugre en la frente y los pómulos. Pero sobre todo, tenía la misma expresión delicada, benevolente, con los ojos cerrados y la boca entreabierta. El Rey de Reyes, como le decían en las películas, no se movía de su posición estirada entre la basura, como si lo hubieran bajado de la cruz sin flexionarle una sola articulación. Entonces Julián cayó en la cuenta de que estaba viendo las consecuencias de lo que había hecho al llegar a la casa: arrodillado al pie de la cama, codos sobre su colcha de piratas, manos entrededadas y párpados bien apretados, pidió a Jesucristo que fulminara, como con una pistola desintegradora, a Rodrigo “el mastodonte”

Benítez y, después, sin saber lo que pasaría, le contó por qué quería que lo hiciera.

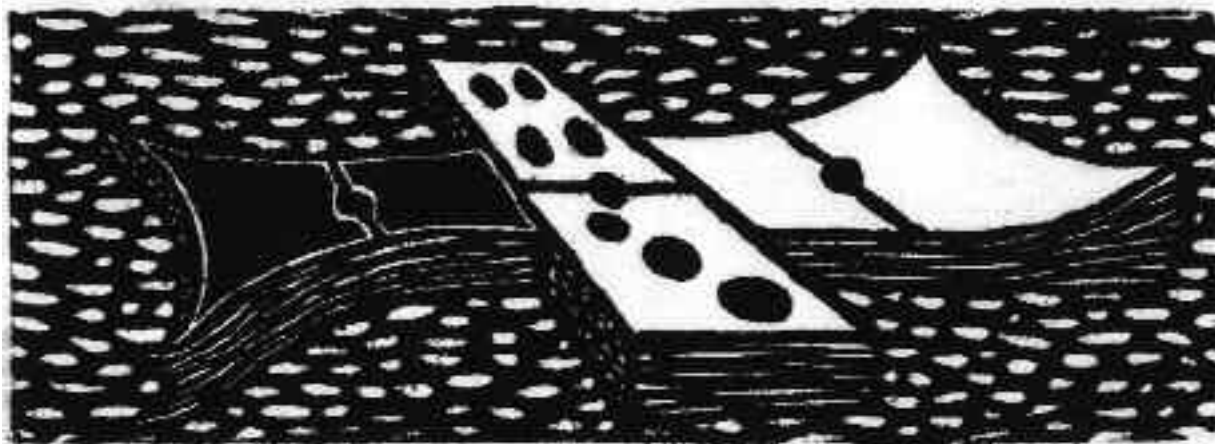
El niño de ocho años se alejó del rincón del estacionamiento corriendo más lento que nunca; llevaba la culpa a cuestas.

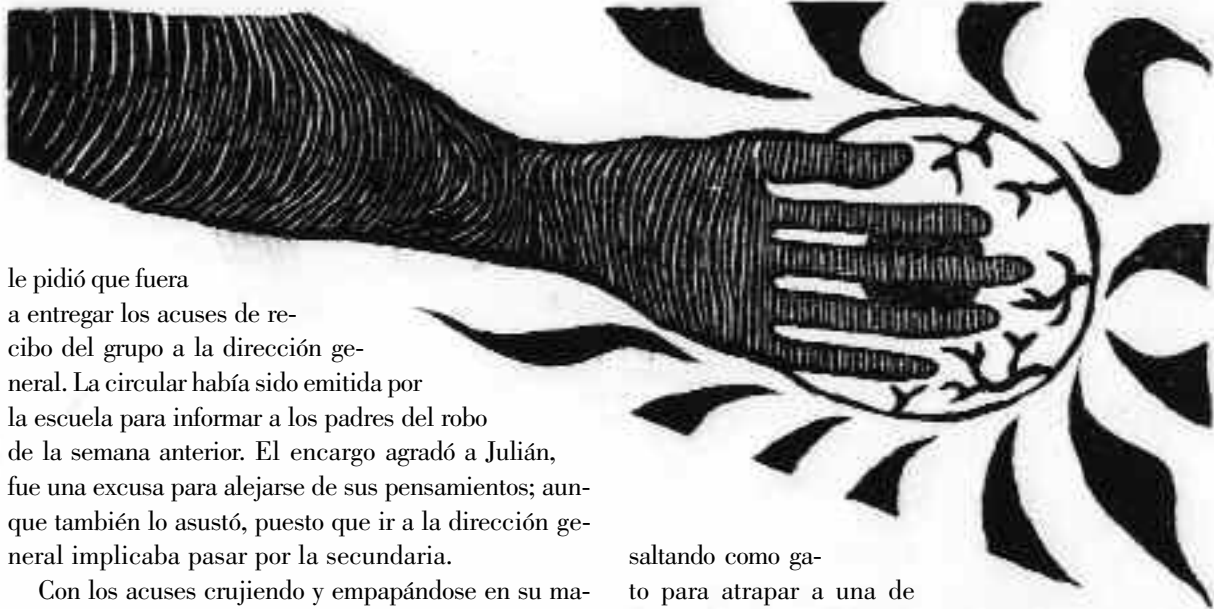
Al día siguiente, Julián se despertó con la misión de reparar el daño por dos sencillas razones: primero, porque el mundo no podía estar sin su Salvador, y segundo, porque si Cristo no podía, ¿quién iba a licuar a Rodrigo Benítez por él? Le daba un miedo cerval enfrentarse al mastodonte alfa él solo, sin la ayuda de quien, según su mamá, era todopoderoso. Julián reflexionó un momento: si alguien como Rodrigo Benítez pudo matar a Jesucristo, entonces no era tan poderoso como su mamá decía. Por otro lado, pensó, seguro lo habían agarrado desprevenido. Julián recordó las incontables ocasiones en que había recibido, por no estar atento, un balonazo en la cabeza cuando jugaban los de sexto y concluyó que, de haber sabido que la pelota venía hacia él, se hubiera quitado o, por lo menos, hubiera metido las manos. En la próxima, y cuando su misión tuviera éxito, le diría a Cristo que se cuidara de Rodrigo Benítez, el de tercero de secundaria.

Para tener cierto fundamento teórico y para saber cuáles eran los pasos a seguir, durante todo el trayecto de su casa a la escuela Julián intentó acordarse de las clases improvisadas de catecismo que su madre le había dado hacía dos años. Las lecciones se llevaron a

cabo en el estudio de su papá, utilizando la Biblia milenaria de los abuelos —un libro pesadísimo y larguísimo de bordes dorados— y al compás del único reloj en el mundo que parecía ir más lento a medida que las seis de la tarde —hora que su mamá había fijado como final de la clase— se acercaban.

Cuando entró al salón a las ocho de la mañana, Julián recordó que primero necesitaba al Espíritu Santo que, de acuerdo con su madre, era una paloma blanca. El niño de segundo año pasó medio día escolar mirando por la ventana la cantidad malsana de palomas que poblaba el patio de la primaria. Aquellos pájaros siempre habían estado ahí, alimentándose de la comida tirada por los niños. Pero hasta ese momento Julián se dio cuenta de que se podía hacer algo más con ellos, además de arrojarles piedras y puñados de lodo cuando bajaban de los edificios para comer las migajas de pan de los sándwiches o la pedacería de papas fritas que quedaba al fondo de las bolsitas metalizadas. Desde que tuvo uso de razón, su mamá siempre le dijo que no se acercara a las palomas, que estaban llenas de bichos y que podían transmitirle enfermedades horribles. Pero ésta era una situación extrema; debía conseguir una paloma urgentemente, antes de la salida si era posible. El problema era que Julián sólo había visto dos palomas blancas, las demás eran de colores (azules, negras, café claro, grises con tornasol en el cuello y el pecho). La maestra, al notar lo distraído,





le pidió que fuera a entregar los acuses de recibo del grupo a la dirección general. La circular había sido emitida por la escuela para informar a los padres del robo de la semana anterior. El encargo agradó a Julián, fue una excusa para alejarse de sus pensamientos; aunque también lo asustó, puesto que ir a la dirección general implicaba pasar por la secundaria.

Con los acuses crujiendo y empapándose en su mano, Julián pasó por los dominios de Rodrigo Benítez como el avión Stealth que pendía de un hilo de nylon sobre su colcha de piratas. No había nadie en el patio, lo que facilitó su andar furtivo. Pero sintió que en cualquier momento alguien lo descubriría por el ruido que sus huesos de chihuahueño hacían al chocar entre sí. Todos sus sentidos estaban en alerta roja para captar cualquier amenaza. Pasó junto a los sanitarios y escuchó risas salir del baño de mujeres. Solamente oyó fragmentos de la plática y una voz que decía:

—...qué te pasa, si yo soy virgen— era la voz de Mariana Medina. Julián imaginó esas palabras escurrirse entre los dientes parejos, hermosos y blancos como la paloma que necesitaba. Automáticamente después de la confesión de Mariana, todas las muchachas que se encontraban con ella estallaron en una fuerte carcajada; el eco producido por los azulejos incrementó la sonoridad de manera considerable. Julián recordó el elemento que le hacía falta a su plan: una virgen. Mariana era una, con razón tenía esa sonrisa divina. Entregó los acuses de recibo en la dirección y pegó una carrera a la primaria haciendo el menor ruido posible, no fuera a ser que el mastodonte alfa tuviera un oído superdotado.

Julián invirtió el tiempo de su recreo en la búsqueda del Espíritu Santo. Corrió de un lado a otro del patio

saltando como gato para atrapar a una de las dos palomas blancas. Algunos niños se unieron a él pensando que era un juego nuevo; ninguno le preguntó de qué se trataba o por qué lo hacía, simplemente se dedicaron a corretear a las palomas. Esto entorpeció en gran medida la tarea de Julián pues los pájaros espaciaron cada vez más sus aterrizajes en el piso y empezaron a volar de edificio en edificio. Ninguno de sus esfuerzos dio frutos hasta que sonó la chicharra y el balón de los de sexto llegó a los pies del niño de segundo. “¡Bolita!” Julián, como el tronco que era, pateó la pelota con toda su fuerza y con una pizca de frustración. El balón no se dirigió a los de sexto, sino que salió disparado hacia arriba. Al verlo en el aire, todos dieron el balón por perdido en la azotea de uno de los edificios, pero una paloma completamente blanca se cruzó en la trayectoria del esférico. El ave quedó aturdida y cayó al patio, cerca del misil que la había derribado. Al ver que la paloma no se movía, Julián corrió hasta su Espíritu Santo y lo envolvió en el suéter azul marino. Nunca pensó que su tronquez en el fútbol serviría de algo.

Para las dos y cuarto, Julián ya tenía al Espíritu Santo envuelto en el suéter, y Mariana Medina, la virgen, saldría en cualquier momento por la puerta de la escuela. Con todo reunido, no sabía qué hacer. Según la madre de Julián, Jesucristo fue concebido por obra y

gracia del Espíritu Santo; pero qué quería decir eso, no tenía ni la más remota idea. En ese momento, vio que la virgen se acercaba del brazo de su novio de noviembre. Era ahora o nunca. Julián se armó de valor e interceptó a Mariana. Se puso frente a ella, extendiéndole el suéter.

—Toma, Mariana— dijo con voz temblorosa.

La muchacha, confundida y risueña, recibió el regalo sin preguntar nada. Julián se echó a correr, confiando en que ellos sabrían qué hacer; después de todo, eran la virgen y el Espíritu Santo.

Tres meses devoraron las uñas de Julián. Cuando estuvo a punto de perder la esperanza de que el plan hubiera surtido efecto, escuchó a su mamá decirle a su papá que Mariana Medina, la hija de Alejandra Medina, la de la natación, iba a tener un hijo y que dejaría la escuela. La mamá de Julián dijo que nunca más volverían a llevarse con esa gente. Después, sus padres continuaron hablando de la creciente población de pordioseros que merodeaba en la unidad, predicando barbaridades y asustando a los niños.

Julián estaba feliz, todo había salido a la perfección. Sin embargo, no quiso adelantarse, necesitaba una prueba de que Jesucristo ya estaba trabajando de nuevo.

Esa misma noche, antes de ir a la cama, volvió a arrojarse sobre la alfombra de su cuarto y, al igual que tres meses atrás, pidió que Rodrigo Benítez, el de tercero de secundaria, fuera fulminado. Esta vez, Julián se aseguró de aconsejarle al Salvador que se cuidara del mastodonte alfa, que no lo agarrara desprevenido.

El día siguiente amaneció con la peor tormenta eléctrica en una década. No estaba lloviendo, pero el cielo parecía una lámpara de neón a punto de fundirse, como las de los salones de clases. La mamá de Julián llevó a su hijo en coche a la escuela; su marido había dicho que era más seguro que caminar. En el breve trayecto, Julián sintió cada uno de los truenos vibrar en sus pulmones. Cuando llegaron a la escuela se encontraron con un tumulto; había patrullas y hasta una ambulancia. Todo indicaba que no habría clases ese día. Teresa Domínguez preguntó a las madres de familia de secundaria, que llegaban media hora antes a dejar a sus hijos, qué había pasado. Éstas le dijeron que, al parecer, un rayo había caído sobre Rodrigo, un muchacho de tercero, dejando solamente un charco marrón, las bermudas color beige y los tenis blancos que traía puestos, con los calcetines en el interior. Al escuchar esto, Julián sonrió con la agradable sensación de saber que Jesucristo estaba de vuelta y, lo más importante, de su lado. **P**



David Pruneda Senties (Ciudad de México, 1985). Cursa la carrera de Letras Inglesas en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Ha publicado cuento en *Punto de partida* y *Textofilia*. En 2005, recibió mención honorífica en el certamen de cuento del 8° Festival Universitario de Día de Muertos (*Diles que no me maten: a 50 años de Pedro Páramo*). Obtuvo mención honorífica en cuento en dos emisiones consecutivas del Concurso de *Punto de partida*. Fue finalista en el concurso-taller en línea *Caza de Letras* con el seudónimo de Kusco.

Daguerrotipos

Diana Gutiérrez Pérez

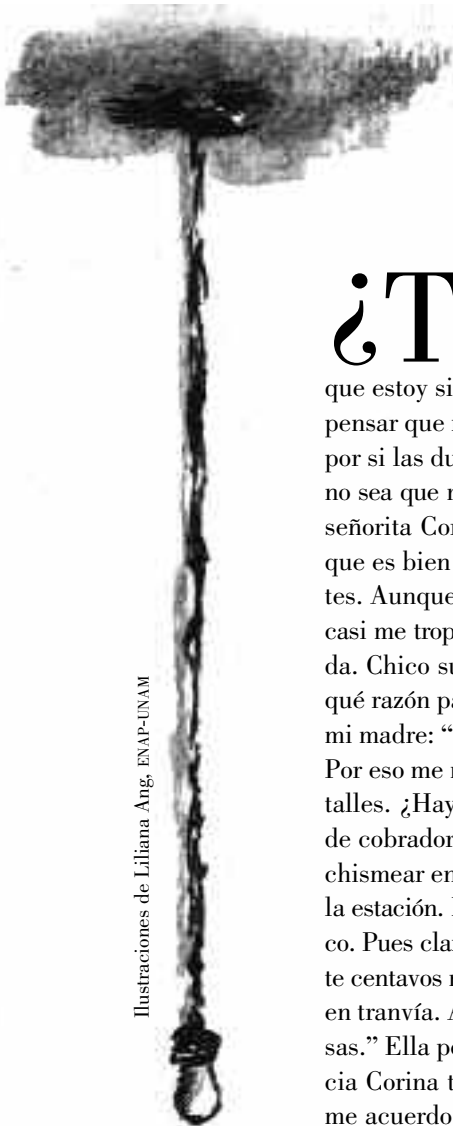
BARRITA DE MANDARINA

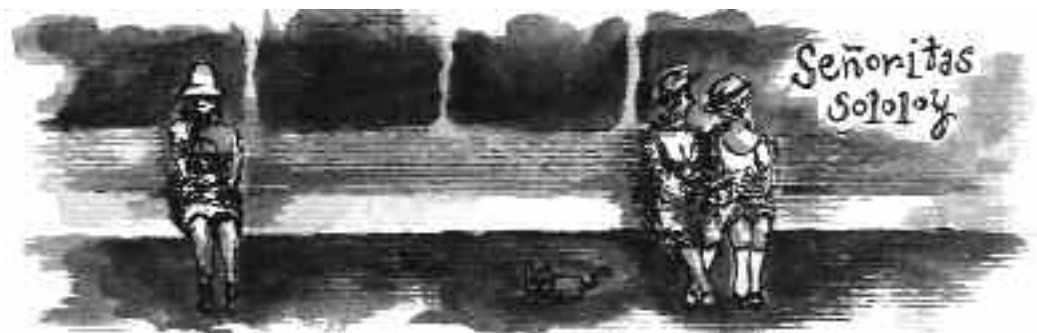
En medio de la aparente confusión de nuestro mundo, los individuos están bien ajustados a un sistema, y los sistemas a cada uno y a un todo, que, haciéndonos a un lado por un momento, un hombre se expone a sí mismo al terrible riesgo de perder su lugar para siempre...

Wakefield. Nathaniel Hawthorne

¿Tengo monitos en la cara o qué? ¿Será mi imaginación o todos me miran con extrañeza? Lo que me faltaba, que aquí la señorita Dupotex también. Pero si me dilaté en abordar el tranvía para que no se dieran cuenta que estoy siguiéndolas. Se me hace que ya saben algo. Esa señorita Dupotex ha de pensar que no la veo, pero el sombrero no esconde con suficiencia sus ojos. Bueno, por si las dudas, mejor hago como si leyera este folletín mientras se llena el vagón; no sea que me descubran. Creo que tengo que ser más discreto cuando, como hoy, la señorita Corina sale acompañada. Más si la acompañante es la señorita Dupotex, que es bien abusada. Anda a las vivas, a mí se me hace que ella sí me ha visto antes. Aunque me he librado de peores. Como esa vez en el mercado de flores donde casi me tropiezo de frente con la señorita Corina. Lo bueno es que iba sola y distraída. Chico sustote que me metí. Ya me hacía frente al señor Lico inventando no sé qué razón para salvarme de la tunda por arruinar el espionaje a su esposa. Ya decía mi madre: “Ay, Nacho, a ti no se te pierde la cabeza porque la traes pegada, hijito.” Por eso me metí de mirón de resguardo, para obligarme a poner atención en los detalles. ¿Hay oficio más ridículo que éste? Creo que me iba mejor cuando andaba de cobrador, pero era muy aburrido. Por lo menos como mirón de resguardo puedo chismear en la vida de los demás. ¡Caramba! Parece que el tranvía partirá vacío de la estación. Bueno, con nosotros tres y el operador. De por sí que esta ruta la usan poco. Pues claro, las cosas están bien difíciles. La mayoría prefiere el camión: por veinte centavos menos, quién no. No me explico entonces por qué la señorita Corina viaja en tranvía. Ahora entiendo al señor Lico: “Mi mujer ha tenido conductas sospechosas.” Ella podría moverse con su propio coche. Por lo que me decía su marido, Alicia Corina tiene un auto último modelo, de esos que acaban de llegar al país. No me acuerdo qué marca.

Ilustraciones de Liliana Arg. ENAP-UNAM





Tal como lo pensé, el tranvía parte hacia Revolución con tres pasajeros. Parece que va a llover. En el vagón sólo se oye el crujido de la caoba con la que está construido. Por cada trueno del cielo son tres rechinidos de madera. Ya me imagino lo que platicarán estas dos señoritas: que si mañana saldrán a flanear de La Sorpresa hasta el Jockey Club; que si todavía hay lugar en el tendido de sombra, irán a los toros; si no, a la ópera en la noche. Pero por dentro se mueren de miedo porque ahora van en un tranvía y hay amenaza de lluvia. Quién podría salvarlas si ninguno de sus maridos sabe dónde están. Las gacetas han hablado sobre casos de electrocución por rayos en tranvías que han dejado decenas de muertos. Debe ser a causa de la electricidad. Por fin, el peso de las gotas vence la resistencia de las nubes. El tren avanza con lentitud, se me hace que el chofer ha pasado ya por una desgracia, porque casi siempre le aceleran mucho aunque los rieles estén mojados. Éste sí que es precavido. No, me equivoqué. Ya empezó a correr. Puedo ver que en la esquina siguiente alguien espera con un paraguas. La caja móvil se detiene con dificultad, si alguien afuera la mirara pensaría que tiene hipo o que está constipada. Adentro, todos nos aferramos a lo más cercano: el conductor a la manivela *abre-rejas*, las señoritas a la barra de hierro y yo a mí mismo. ¡*Paasumecha!*

Sube una dama con sombrero de campana que se sienta frente a mí, en la interminable banca ocupada por las señoritas *Sololoy*. Sonrío por mi ocurrencia de nombrarlas así y la mujer me mira con espanto. Pensará que soy un rufián que caza féminas solitarias por las tardes. Bajo la mirada al folletín. Ella estornuda y yo le acerco un pañuelo, pero como si me le fuera a echar encima, la matrona se pone en posición de ataque. Debe tener alguna enfermedad mental. Nadie cambia el semblante así como así con sólo tragarse tres pastillas fosforescentes. Devuelve el pastillero guinda a su bolso y me sonrío. Señoras y señores, he aquí una más de las personas curadas con las bolitas del Doctor Lacroix. Compadezco a sus hijos que la esperan en casa. Entonces volteo hacia mi objetivo: la señorita Dupotex exclama sorpresa con los ojos y cubre su boca con la mano para disimular la picardía. Claro, la señorita Corina debe estar contándole sobre la última cita con su amante, al que parecen estar acercándose cada vez más.

Está cayendo un chaparrón. El tranvía se detiene frente al dispensario. Lo aborarán aquellos resignados a cenar sólo un vaso de leche, porque ya no tendrán para



una concha o una chilindrina. Las gotas de hielo convencen a los indecisos de pagar más centavos por el viaje. Dicho y hecho. Una manada de seres desdibujados moja el entarimado del vagón. Las calles están oscuras pues se fundió el alumbrado. Tinieblas, diluvio y pobreza: mala combinación. Los chamacos, que tras esta mojada volverán al médico para curarse el resfriado, corren por un lugar. Uno de ellos sigue enfermo, lo sé por los limones que lleva en una bolsa. Son para el mareo. Se sienta entre un hombre y la mujer del pastillero. El niño sonrío como disculpándose por su llegada, pero la mujer no se molesta en bajar la cabeza para mirarlo. Está ocupada buscando su pastillero guinda. Traga dos pastillas fosforescentes y tapa su nariz con la mano. Es verdad, el interior hiede a pollo mojado. Yo me quedo pensando en los hijos de esta mujer. Pobrecitos. Entonces me doy cuenta de que hay gente parada en el vagón. No veo a la señorita Corina. Por andar en el dislate, no vi que cuatro hombres levantaron un muro con sus cuerpos frente a mí. Tampoco que la bola de chamacos están sentados en el suelo y sobre mis pies. Intento pararme pero piso una mano de niño y la madre me pega con lo que debió ser una cobija que me regresa a la banca. No la veo. Ahora sí se me va armar con Lico. Qué tal que su Alicia ya se fue y nomás estaba esperando este momento para perderse entre el tumulto y escapar. Me pesco de la espalda de uno de los hombres del muro y me paro de puntas. ¡Carajo! Ahí sigue la señorita Corina con su inseparable amiga Rosa, las dos sentaditas como si nada les preocupara más que llegar a su destino. Pensándolo bien, qué bueno que no oyó el grito que dio el señor del que me colgué porque se habría dado color de mi presencia. Bueno, ya me vio, pero de que estoy aquí por ella, pues...

Suspiro y me siento de ladito. Más tardé en pararme que en lo que un hombre calvo ocupó mi pedazo de banca. “El que se fue a la villa perdió su silla”, canturrean los chamacos. Miro a una cucaracha ahogarse en el lago del vagón, cuando una manga me golpea en el ojo. Lo sobo y con el otro veo que es el calvo *ocupasientos* que se quita su albornoz azul. Debe ser de segunda; por los agujeros que lo adornan se cuelan gotas que terminan de ahogar a la cucaracha. Ya más tranquilo, reflexiono sobre mi reacción de loco que busca a su presa. El tranvía nunca se detuvo,

no había manera de que Corina escapara, a no ser que se aventara por la ventanilla. Como mi distracción es un problema, tendré que ubicar a las señoritas cada vez que el tren haga una parada. En eso estoy cuando se detiene, me levanto y no, no descienden las señoritas *Sololoy*, pero sí sube una joven de bucles rojos y vestido negro ajustado. ¡Ay, Diosito santo!

Hasta los chicos se quedan mirándola como bobos. Su aroma diluye la peste del tren y en un *trís tras*, el vagón huele a jazmines. Pero qué digo, si es Marina. ¡Muchacha! ¡A dónde nos venimos a encontrar! Pero claro, cómo no lo pensé antes o acaso es... ¿Y ahora qué hago? No me ha visto, pero ella atrae la atención de cualquiera. El rojo le sienta bien, pero los rizos negros me gustaban más. Dónde se había metido, Marina. No, no puedo hacer mucha bulla, qué tal que la señorita Corina me ve. ¿Me acerco? Podría recordarle a su Nachito. Soy su Nachito. ¡Ajijo! Tremendo estornudo que me acaba de estrellar en el mero oído el calvo *ocupasientos*. Usted, Marina, siempre tan educada, volteará para decir: “Salud.” Dicho y hecho, así sucede. Ahora me ha visto. Sí, sus ojos no le mienten. Soy yo.

—Ay, señor operador, pare el tranvía. Esa mujer se va a aventar.

—Pero si acaba de subir, manita, ¿qué le pasará?

—No sé, no sé si está llorando o la lluvia le nació del rostro.

—¡Ay, Jesús mío, ayuda a esta pobre mujer!

—Es que mírala, nada la hace entrar en razón.

—No, Rosita, ni el gentilhomme que intenta retenerla.

—Ay, señor operador, pare el tranvía. Esos dos se van a aventar.

Ya me tienes aquí otra vez persiguiéndote. Ahora sí no te me vas ir, canija Marina. La señorita Corina me vio, la Dupotex también. Todos, Marina, todos. El señor Lico me buscará por todo el país. Me importa un bledo. Marinita, ¿por qué te fuiste? Mira que no te imaginas cómo me dejaste. No me importa que me veas llorar,





no, no es la lluvia, Marina. Son lágrimas, Marina. Vas muy atrabancada, te pueden atropellar. Ten cuidado, Marina. Está bien, lárgate una vez más. En el camión te verán como una loca. Gracias por arruinarme la vi...

—Ay, Petite, tras el bochorno, ¿te confieso algo?

—No me digas que conocías a ese caballero...

—¿Al atolondrado ése? No, querida no, lo veía porque tenía toda la carita de un novicillo que tuve.

—¡Ay, Dupotex, nunca se te quitará lo enamoradiza! Ahora veo por qué a Lico no le gustan mis compañías. ¡Eres una faldera!

—No, pero...

—Pero pero, nada. Mejor dime quién baila hoy en el Iris.

—¡Agárrate, querida! La Gatita Blanca vuelve al tablado con Manolo Noriega.

No, no traías “monitos en la cara”, Nacho, sino una espina enterrada que preferiste olvidar en lugar de afrontar. Pero así es el destino, Nacho. Tú sabías que el oficio de cobrador no era aburrido y recibías buena paga, pero desde que Marina se fue te empeñaste en ser más cuidadoso. Te rentabas como mirón de resguardo para hallar alguna migaja de Marina entre las pistas femeninas. El que busca encuentra, mi amigo Nacho. El señor Lico pronto te sustituirá por otro. Marina olvidará que la seguiste con la ilusión de besarla otra vez. Cuando la viste, ya era madre de unos gemelos y llevaba otro crío en sus entrañas. Y los miles que te verán calcinado en esta foto, no sabrán que ibas tras el amor de tus ojos, de tu vida. Para ellos, sólo serás un electrocutado más en esta ciudad. ❷

Diana Gutiérrez Pérez (Ciudad de México, 1983). Es egresada de la licenciatura en Ciencias de la Comunicación por la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM. Es colaboradora del periódico *Reforma*, cursa el Diplomado de Creación Literaria de la SOGEM y escribe para la página www.danzanet.com.mx. Obtuvo mención en la categoría Crónica del Segundo Concurso de Periodismo Estudiantil Premio AUNAM 2004 por el texto “Preludio de un sueño” (*Voces y narraciones periodísticas*, AUNAM, FCPys, 2005). Con el seudónimo Barrita de Mandarina llegó a la final del concurso-taller en línea Caza de Letras.

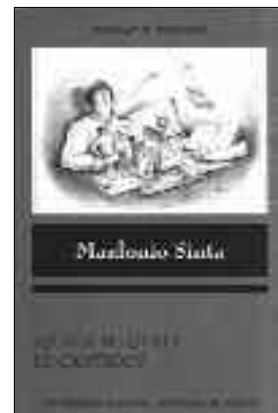
¿Quién me quita lo cantado si para cantar nació?

Luis Paniagua Hernández

Mardonio Sinta,
¿Quién me quita lo cantado?
 México, UNAM, 2007

Hay un guiño muy particular en el primer capítulo del *Quijote* donde se plantea la existencia “real” del ingenioso hidalgo. Es el que apela a las distintas fuentes de las que parte la narración canónica. Se dice que los sabios encargados de consignar por escrito las hazañas del manchego “Quieren decir que tenía el sobrenombre de ‘Quijada’, o ‘Quesada’, que en esto hay alguna diferencia entre los autores que de este caso escriben, aunque por conjeturas verosímiles se deja entender que se llamaba ‘Quijana’”. Pero, ¿qué podemos sacar de esto? A mi parecer, por lo menos, dos cosas. Primero, que exista una fuente anterior a la historia del Quijote dota a nuestra historia, a nuestros personajes, de una existencia más allá del libro; es decir, que esa primera fuente nos remite a una presencia metatextual —acaso real— de nuestro héroe. Segundo, la aparición de no una, sino de varias fuentes, contradictorias entre sí, nos habla de un rasgo de verosimilitud, en el campo de la existencia “real”, de los episodios y personajes, ya que, de tan cierta, no hay lugar para una versión única, sino que cada sabio esgrime la propia como la inequívoca.

Un fenómeno similar acompaña la aparición del libro del coplero veracruzano Mardonio Sinta. Sabemos de él gracias a la excelente labor de rescate y difusión que de su obra hizo el poeta Francisco Hernández, amigo y paisano suyo. Se abre el volumen con un breve prólogo de este último, en donde nos dice que “Mardonio Sinta nació en Rincón del Zapatero, Veracruz, el 2 de febrero, día de la Candelaria, en el año de 1929”, pero inmediatamente añade que “como buen repentista [Mardonio] era muy fantasioso y difundió también la versión de que su verdadera fecha de nacimiento era el 25 de abril de 1934, en una población del mismo estado llamada Alto Lucero”. Estos pequeños detalles no resaltarían en absoluto, no tendrían la más mínima importancia, si no fuera porque el encargado de escribir la solapa (borrado por el anonimato) consigna una información, si no falsa, por lo menos tergiversada, contradictoria: “El versero que nos ocupa nació en Alto Lucero, Veracruz, en 1929, aunque otra versión, difundida por el propio Mardonio, señala que vino al mundo en Rincón del Zapatero, año 1934, en el mismo estado”. Este par de versiones, distintas



entre sí, nos afianza en lo dicho líneas arriba para el *Quijote*, esto es, que la variación en las opiniones de las fuentes nos hace tener un marco de referencialidad que deviene en una realidad física, en una existencia histórica. En otras palabras, la existencia de equívocos en las fuentes anteriores que tratan sobre la vida de Mardonio Sinta, hacen que se nos dibuje un rostro más verosímil, más palpable, ya que, si queda lugar a dudas, no pudo ser invención originaria de una persona sino un individuo común y corriente que el tiempo borra, como a todos, dando lugar a que exista la confusión de datos alrededor de su figura. No obstante, pese a las dos versiones anteriores, hay una tercera versión acerca del natalicio del coplero, una que se encuentra en el *corpus* de su obra: “Nací cerca de un fogón / en Rincón del Zapatero, / pero por el calorón / me fui para Alto Lucero”. Así, a la luz de esta confesión, podríamos pensar un par de cosas más: primero, que la versión de Francisco Hernández acerca del nacimiento de su paisano es verdadera, ya que coincide con la suya que propone como lugar de nacimiento Rincón del Zapatero y como sitio de adopción Alto Lucero, a diferencia de la versión del solapista que propone lo contrario; y segundo, que aunque tomáramos como cierta la versión de Hernández, apoyada por el propio Sinta, quedaría siempre el lugar a dudas que suscita la afirmación del poeta diciendo que su paisano “era muy fantasioso”, o sea, que la propia afirmación del versero, con respecto a su nacimiento, podría ser una invención, dando lugar a que la versión del solapista sea la cierta o, por otro lado, a que ninguna de las versiones guarde el mínimo asomo de verdad y que los datos reales se hayan perdido para siempre.

Sin embargo, lo que nos ocupa en el presente texto no son los datos fríos y poco comprobables de su existencia terrena, sino las huellas —o mejor, los ecos— que fue dejando a su paso, es decir, el grueso de su obra.

La Universidad Nacional Autónoma de México acaba de publicar, en abril del presente, dentro de su colección Poemas y ensayos, la obra poética de este artista popular que lleva por título uno de sus versos: *¿Quién me quita lo cantado?* Dividido en cuatro partes, el libro guarda una unidad, si no temática, sí por lo menos emocional y métrica, paisajística y rítmica. Desde su primera copla, la recopilación nos muestra su carácter biográfico: “De santo no tengo pinta, / tampoco soy el demonio. / Antes de Torres y Sinta / mi primer nombre es Mardonio.” Dicho rasgo se irá haciendo constante a lo largo de toda su obra, sobre todo en la parte final de este volumen.

Una vez hecho presente, en las primeras líneas de la obra *Mardonio* comienza a cantarles a su paisaje, a su gente, pero sobre todo, a sus mujeres. Y tal vez éstas sean lo más distintivo y recurrente en los cantos del jarocho: “Qué piel tiene esa mujer / que siendo la miel tan pura, / no puede llegar a ser / ni un lunar de esa cintura”; así, la mujer ocupa un lugar preponderante en los versos de Sinta y siempre está revestida de un toque de erotismo, de sensualidad, de belleza costeña que sube la temperatura: “En tu cintura de avispa / pierde la razón el río. / Mi cuerpo ya tiene chispa / pero nunca me confío. / Si te perdiera de vista, / me meto en tremendo lío.” O todavía más explícito: “Ay corazón dividido, / boquita que viene y va. / Sólo una cosa te pido, / ¡y tú sabes dónde está!”

Enamorado empedernido, no de una mujer sino de la Mujer, Mardonio va de aquí para allá, de romance en romance, de nombre en nombre (María, Carolina Constantino, Nairobi García, La Cajonera, la loca Crispiniana y, por supuesto, la tabasqueña Lluvia Aurora Castillo, quien fue, en palabras de Hernández, el amor de su vida) sin permanecer en ningún sitio ni padecer penas de amor: “El amor tiene su chiste / hasta cuando nos olvida. / Deja ya de vivir triste, / la cosa es muy divertida”, nos dice el coplero con desenfado y buen humor.

Como cualquier hombre del pueblo, nuestro cantor es atravesado por la lírica popular y sus imágenes y avatares, de esta forma el hombre —el macho— es representado en la figura del gallo, y la mujer —la hembra— toma a su vez el lugar de la pareja de éste. Así podemos ver que: “Se salió un gallo a estirar / mientras te estabas bañando. / Nunca se le va a olvidar / lo que le fuiste mostrando / ni supo, ay, comenzar / cuando estabas terminando”; o, por el contrario: “Gallinita pependenciera, / con plumaje de ave lira. / Ya no seas tan argüendera, / mi cariño no es mentira.”

Decía Octavio Paz que acaso la biografía más verdadera de un poeta era la obra misma. En *Mardonio Sinta* esta sentencia cae como anillo al dedo ya que si bien en las tres primeras partes de su obra pueden notarse atisbos de la vida del poeta, éste no se conforma con ello sino que escribe (o intentó escribir, por lo menos) su autobiografía versificada (misma que se conserva gracias a la perseverancia de Francisco Hernández y a la buena voluntad de Lluvia Aurora Castillo).

Como digo antes, si en el grueso de su producción se pueden notar los gustos y obsesiones de Sinta (la comida, el beisbol, el trago), nunca será tan claro como en la autobiografía, ya que en ella nos canta el coplero sus orígenes, su misterioso li-

naje: nos habla de su madre, su padre y su único hermano: “Mi familia no fue inmensa, / no tuve hermanos en bola. / Mi madre, que no era mensa, / tuvo dos y alzó la cola. // Al primero que nació, / le puso por nombre Eugenio. / Después vine a nacer yo, / ya había pasado un sexenio.” Esta curiosa caracterización de la madre como una mujer mesurada en lo que a concepción familiar se refiere, y obviamente fuera de lo común, nos echa un poco de luz sobre la naturaleza extraña —excéntrica tal vez— de sus dos vástagos. Inmediatamente, el versero se dedica a describirnos a su hermano; sin embargo, dicha descripción no es física sino creativa: “Eugenio sabía escribir / ‘calaveras’ bien rimadas. / Yo se las oía decir / a solteras y a casadas // o las cantaba en el cerro, / allá por la bollería, / con un falsete de hierro / y un ‘filin’ de fantasía. // Se las comencé a copiar, / lo imitaba todo el tiempo.” Este certero retrato, más que del hermano parece del propio Mardonio, ya que, según la copla, es idéntico al primogénito. No sólo heredó de él —lo que ya queda claro— esa debilidad por las mujeres, sino que del hermano le viene también el talento para cantar y versificar de modo excepcional.

Coplas más adelante, Sinta nos hace una fiel (si es que la memoria puede serlo) remembranza del motivo por el cual omitió de su nombre el apellido paterno y que a Hernández le parece “misterioso”: “Su nombre completo era Mardonio Torres Sinta pero, por alguna razón desconocida, omitía siempre el apellido paterno.” Aunque nosotros podríamos inferirlo de los siguientes versos: “Mi padre era relojero, / inclinado siempre estaba. / No le importaba el dinero / ni cómo se lo gastaba. / También se sentía extranjero / en esta tierra que odiaba. // Una noche reteoscura / salió padre a caminar. / Llovía fuerte en la espesura, / el norte empezó a silbar. / Cogió el viejo su montura / y a una joven de El Pinar. // Mi madre lloró segura, / de que no iba a regresar.” De esta forma, explicados sus orígenes, las crestas y los valles que fueron su vida toda, los accidentes de la infancia, de la adolescencia, de la adultez, Mardonio supo llevarlos al canto, a un canto que va ligado a la existencia misma. Una vocación de vida resultó para él la copla, el ritmo, la música; él lo supo y lo aceptó, como no queriendo, como jugando; sin embargo, lo supo desde siempre: la poesía es el río del que fluye la memoria y el olvido, y él, viajero sediento, tenía que beber de su afluente inevitablemente: “Es un viaje sin retorno / esto de escribir poesía. / Si hago surcos en contorno / cosecho la flor del día / y entre las lenguas del horno / se quema lo que se enfría. / Ya saben que no me adorno / ni es cosa de valentía: / es un viaje sin retorno / esto de escribir poesía.” ❶

NUEVAS PÁGINAS LITERARIAS EN LÍNEA

La literatura está en línea

Bajo el concepto *la literatura está en línea*, la Dirección de Literatura de la UNAM instrumentó una serie de portales dedicados a la literatura y que tienen la misión de fundar zonas de lectura y de incrementar los espacios de creación artística. El cometido de estos portales es difundir el quehacer literario universal y presentar el trabajo de nuevos creadores en lengua española por medio de revistas, archivos y foros digitales presentados a través de internet. El proyecto está conformado por cinco portales: las revistas *Punto en Línea*, *Punto de Partida* en red y *Periódico de Poesía*; la versión digital de la serie *Material de lectura* y el foro-taller en línea *Caza de Shakespeare*.



WWW.PUNTOENLINEA.UNAM.MX

Punto en Línea es una publicación mensual en internet que nació como un complemento de *Punto de partida*. A más de cuarenta años de la fundación de “la revista de los estudiantes universitarios”, esta edición digital empezó en septiembre con el cometido de “extender la difusión de la nueva creación, tanto de México como de otros países, a manera de puente entre distintas literaturas escritas en español”. *Punto en línea* tiene secciones de crónica, cuento, ensayo de creación, poesía, traducción, gráfica y fotografía, y además extiende las posibilidades de la reseña y los géneros críticos al permitir el abordaje de ramas distintas del ámbito de la literatura tales como las artes plásticas, la música y el cine. *Punto en línea* recibirá colaboraciones de autores de cualquier país de habla castellana a través de una sección dedicada de manera exclusiva a ese fin.



WWW.PUNTODEPARTIDA.UNAM.MX

Para extender el alcance de su edición impresa, *Punto de partida* inicia a una nueva etapa al presentar un

portal en red que contiene todo el material de la revista en formatos de lectura (.html) y de imagen (.pdf). Esta página publicará periódicamente los números anteriores y los más recientes de esta revista de gran tradición en el medio universitario. Los lectores de *Punto de partida* en red tendrán acceso a las secciones habituales de esta publicación, con la posibilidad de imprimir los ejemplares en un formato idéntico al de la versión en papel.



WWW.PERIODICODEPOESIA.UNAM.MX

Periódico de Poesía pretende llevar el género lírico a más lectores y hacer un ejercicio que enlace la creación, la crítica, el debate, la difusión y la memoria a través de recursos digitales. Esta publicación considera —en palabras de su editor, Pedro Serrano— que internet “presenta una gran oportunidad para que la poesía vuelva a estar en el centro del intercambio de las relaciones humanas”. *Periódico de Poesía* publicará de manera continua poemas, ensayos, reseñas y entrevistas dedicados al arte de la versificación en un espacio que, además del lenguaje escrito, aprovechará las posibilidades del audio y del video para hacer de la poesía una expresión estética más cercana a los lectores.

MATERIAL DE LECTURA

WWW.MATERIALDELECTURA.UNAM.MX

A treinta años del nacimiento de *Material de Lectura*, la Dirección de Literatura ha decidido habilitar un portal en red que contiene archivos en formatos de hipertexto (.html) y de imagen (.pdf) con los primeros ejemplares de esta colección señera de la Universidad Nacional. Cada mes los lectores encontrarán la edición digital de nuevos cuadernillos. El objetivo de la página es completar los 350 títulos publicados en las dos series de esta biblioteca de literatura: Cuento contemporáneo y Poesía moderna. A partir de septiembre, el público de internet tiene acceso a los primeros cinco títulos de cada género. Destacan los volúmenes de Giovanni Verga y Ángel del Campo, en cuento, y de Carlos Pellicer y José Lezama Lima en poesía, pues se trata de ejemplares agotados en la edición impresa.



WWW.CAZADESHAKESPEARE.UNAM.MX

Caza de Shakespeare es un foro-taller en línea coordinado por Martín Casillas de Alba, dirigido a jóvenes, que pretende difundir y analizar *La tragedia de Romeo y Julieta*. El blog, a la manera de un aula, ha colocado una serie de recursos escritos, auditivos y audiovisuales que van desde la obra completa en formato de imagen (.pdf) hasta secuencias de algunas versiones cinematográficas de esta tragedia. Durante ocho semanas, los lectores que se hayan registrado tendrán acceso no sólo al material publicado, sino también a la asesoría del coordinador, quien atenderá los comentarios que el público coloque en el blog y dirigirá un foro semanal en tiempo real.

CONCURSOS LITERARIOS INTERNACIONALES

PREMIO PRIMAVERA DE NOVELA

Convocan: Editorial Espasa Calpe y Ámbito Cultural El Corte Inglés

Fecha de cierre: 16 de noviembre de 2007

Informes: (55) 50 89 12 20 ext. 223

www.espasa.com/nuevaweb/frames_primavera.html

PREMIO INTERNACIONAL ALFAGUARA DE NOVELA

Convoca: Grupo Santillana a través de Editorial Alfaguara

Fecha de cierre: 1 de diciembre de 2007

Informes: (55) 54 20 75 30 y 56 01 10 67

www.santillana.com.uy/basespremioalfaguara.html

CONCURSO INTERNACIONAL DE POESÍA NICOLÁS GULLÉN

Convocan: el escritor mexicano Jorge González Durán, la Unión Nacional de Escritores y Artistas de Cuba, y las revistas mexicanas *Río Hondo* y *Tropo a la uña*

Fecha de cierre: 15 de noviembre de 2007

Informes: asere40@prodigy.net.mx

Bases: sic.conaculta.gob.mx/documentos/979.pdf

CERTAMEN LITERARIO JUANA SANTACRUZ

Convoca: Ateneo Español de México, A.C.

Fecha de recepción: de octubre a enero de 2008

Informes: (55) 57 09 36 30

ateneoespanolmexico@prodigy.net.mx

www.ateneo.unam.mx

CONCURSOS LITERARIOS NACIONALES

PREMIO NACIONAL DE POESÍA AGUASCALIENTES

Convocan: Instituto Cultural de Aguascalientes
e Instituto Nacional de Bellas Artes
Fecha de cierre: 5 de noviembre de 2007
Bases: www.literaturainba.com

PREMIO NACIONAL DE CUENTO BEATRIZ ESPEJO

Convoca: Gobierno del Estado de Yucatán, a través
del Instituto de Cultura de Yucatán
Periodo probable de recepción de trabajos:
de septiembre a noviembre de 2007
Informes: (999) 930 47 00 y 54022, 54039, 54040
literatura.icy@yucatan.gob.mx
www.caminoblanco.com.mx

CONCURSO NACIONAL DE POESÍA ALONSO VIDAL

Convoca: Instituto Municipal de Cultura y Arte del
Ayuntamiento de Hermosillo
Fecha de recepción: de noviembre de 2007 a febrero
de 2008
Informes: (662) 217 54 49, 213 86 38 y 213 86 39
cultura@hermosillo.gob.mx
<http://www.hermosillo.gob.mx>

PREMIO NACIONAL DE CUENTO JOVEN JULIO TORRI

Convoca: Consejo Nacional para la Cultura y las
Artes, a través del Programa Cultural Tierra Adentro
de la Dirección General de Publicaciones y el
Instituto Coahuilense de Cultura
Fecha de recepción: de septiembre de 2007 a enero
de 2008
Informes: (844) 414 3958 y 410 4794
icocult@terra.com.mx
<http://www.icocult.gob.mx>

PREMIO NACIONAL DE POESÍA Y CUENTO EFRÁIN
HUERTA

Convoca: Ayuntamiento de Tampico, a través de
la Dirección de Educación y Cultura, con el apoyo
del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes
Fecha de recepción: de noviembre de 2007
a febrero de 2008
Informes: (833) 229 27 46, ext. 2409
diana_arte00@hotmail.com
<http://www.tampico.gob.mx>

EDICIONES DE PUNTO DE PARTIDA



UN ORBE MÁS ANCHO
40 poetas jóvenes
(1971-1983)



MOSCAS, NIÑAS
Y OTROS MUERTOS
Antología de
cuento joven



LOS PASOS
DEL VISITANTE
Luis Paniagua

TALLERES, DIPLOMADOS Y CURSOS DE CREACIÓN LITERARIA

Casa Universitaria del Libro

DIPLOMADOS, CURSOS Y TALLERES

Taller de autobiografía

Imparte: Rosa Nissán

Viernes de 11:00 a 13:00 horas

Del 19 de octubre al 14 de diciembre de 2007

Curso de análisis del discurso

Imparte: Margarita Palacios

Miércoles de 17:00 a 20:00 horas

Del 24 de octubre al 21 de noviembre de 2007

Diplomado en periodismo alternativo, ahora

Coordina: María Ernestina Hernández

Lunes y miércoles de 17:00 a 20:00 horas

Del 15 de octubre de 2007 al 26 de mayo de 2008

Informes: 52 07 93 90 y 52 07 98 71

cursos@humanidades.unam.mx

www.humanidades.unam.mx/casul

Universidad del Claustro de Sor Juana

TALLERES

Construcción de imagen y personalidad, creación literaria, dibujo contemporáneo de desnudo, fotografía básica, fotografía para cine y video, lectura rápida, pintura y redacción general.

Informes: 51 30 33 30 al 33

educacioncontinua@ucsj.edu.mx

<http://www.ucsj.edu.mx/continua/talleres.html>

Casa del Lago

CURSOS Y TALLERES

Creación literaria, literatura latinoamericana, crítica literaria, creación literaria (poesía y cuento), mitología, cine, guión, periodismo cultural, dramaturgia y dibujo.

Informes: 55 53 63 18 y 55 53 63 62, ext. 227

www.casadellago.unam.mx

Museo Universitario del Chopo

TALLERES LIBRES DEL CHOPO

Literatura, apreciación cinematográfica, periodismo cultural, artes plásticas y modelado.

Informes: 55 46 84 90 y 55 46 84 94, ext. 123

chopo_seduc@hotmail.com

www.chopo.unam.mx

Fundación Cultural Samperio

CURSOS Y TALLERES

Centro Cultural El Atrio

Informes: 55 84 87 83 y 52 64 30 39

ingenieria_cultural22@yahoo.com.mx

coord_adhoc@yahoo.com.mx

atriorama@atrio.com.mx

alforja es la revista de
los poetas que forjan...

alforja

REVISTA DE POESÍA



a alforja ARTE y
LITERATURA

Participa en alforja virtual
www.alforjapoesia.com
alforjapoesia@yahoo.com

Copilco 300, edif. 7-501
Copilco Universidad
delegación Cuauhtémoc
04360, México, D.F.
Tel. fax: 5654 5304

EDICIONES EL MILAGRO

te acerca al fascinante mundo de la escena

✦ MARTÍN AGOSTA ✦ EDWARD ALBEE ✦ IMAMUAMITI BARAKA ✦ CATHERINE ANNI ✦ ANTONIO ARMONÍA ✦ MARÍA ELENA AURA ✦
LEONOR AZCÁRATE ✦ JUAN JOSÉ BARBIERO ✦ SARINA BERMAN ✦ MICHÈLE MARC BOUCHARD ✦ CARMEN BOULLOSA ✦ PETER
BROOK ✦ PILAR CAMPESINO ✦ MARIBEL CARRASCO ✦ JEAN-CLAUDE CARRIÈRE ✦ JORGE CELAYA ✦ JAIME CHABALO ✦ COPI ✦ CARLOS
CONVERSO ✦ ENZO CORMANN ✦ ELBA COKELEZ ✦ MIRIYA CUIETO ✦ HÉCTOR DÍAZVALDES ✦ MARCO ANTONIO DE LA PARRA ✦ ALONSO
DE MARÍA Y CAMPOS ✦ LUIS DE TAYRA ✦ EILINNE DECBLOUX ✦ MARÍA DEL POZO ✦ DON DIELLO ✦ GARANCE DOR ✦ CHRISTOPHER
DUTRANG ✦ NAVIER DURRINGER ✦ JOSÉ LAMÓN ENRÍQUEZ ✦ XIMENA ESCALANTE ✦ TRILKS FATE ✦ ROLAND
FICHET ✦ DARIO FO ✦ CELY FENNY ✦ MARÍA IRENE FOJNÍK ✦ DAVID W. FOSTER ✦ HERNÁN CALINDE
✦ SERGIO GALINDE ✦ ALICIA GARCÍA BERGLA ✦ BARRY GIFFORD ✦ JANISZ GLOWACKI ✦ WITOLD
GOMBROWICZ ✦ JESÚS GONZÁLEZ DIÁZ ✦ PLAVO GONZÁLEZ BELLO ✦ JEAN-CLAUDE GRUMBERG
✦ ADAM GUEVARA ✦ ELENA GUTOCLINS ✦ LUIS ENRIQUE GUTIÉRREZ ✦ ADEL HAKIM ✦ FRANCISCO
HINOJOSA ✦ BERTA HIRIART ✦ HUGO HIRIART ✦ JOHN JESURUN ✦ MATRICIO JIMÉNEZ ✦ JUAN JIMÉNEZ
IZQUIERDO ✦ TULLIO KEZICH ✦ BERNARDO MARIE KOGIEN ✦ TONY KUSHNETZ ✦ SUZANNE LEBEAU ✦
SALVADOR LEMIS ✦ ESTELA LEBERO FRANCO ✦ VICENTE LEBERO ✦ HUMBERTO LEYVA ✦ ALEJANDRO
LIDONA ✦ ÓSCAR LIERA ✦ CARLOS LISCANO ✦ COTRERIO LÓPEZ ✦ RAFAEL MACÍC ✦ DAVID MAMUZ
✦ GERARDO MANCERO DEL CASTILLO ✦ ODILE MASSÉ ✦ MARÍA LUISA MEDINA ✦ FABRICE MELQUOT
✦ HÉCTOR MENDIÇA ✦ THOMAS MIDDLETON ✦ PHILIPPE MINYANA ✦ FÉLIX MARCO MONCADA ✦ MARÍA
MORETT ✦ CARLOS MORTIN ✦ SŁAWOMIR MRÓZEK ✦ CARMINA NARRO ✦ PETER NICHOLS ✦ ANGE
NUZALARAY ✦ YOSHI OJIMA ✦ DAVID OJULÚN ✦ CARLOS OLALOG ✦ GUSTAVO OTI ✦ EDUARDO PAVLOVSKY
✦ SILVIA PÉREZ ✦ RICARDO PÉREZ QUINTE ✦ COTRERIO LÓPEZ ✦ VÍCTOR JUAN RIBICÓN SANDA ✦ LUIS SEPULVEDO PÉREZ ✦ JESUSA
RODRÍGUEZ ✦ WILLIAM BOWLEY ✦ HUGO SALCEDO ✦ PAULINE SALES ✦ MELCHA SÁNCHEZ SCOTT ✦ NATHALIE SARBAUTE ✦ GUI
LIERMO SCHMIDHUBER ✦ LEONARDO SCIASCIA ✦ ANTONIO SERRANO ✦ SAM SHEPARD ✦ JERZY S.
SITO ✦ MIGUEL ÁNGEL TENDRÍO ✦ JUAN TOVAR ✦ LARRY TREMBLAY ✦ TOMÁS URZULASTEGUI ✦ SERGE
VALLETTI ✦ GERARDO VELÁSQUEZ ✦ ÓSCAR VILLEGAS ✦ MICHÈLE VINAVIER ✦ PAULA VOULLE ✦ RÉMI
DE VOS ✦ VÍCTOR WEINSTECK ✦ JEAN PAUL WENZEL ✦ AUGUST WILSON ✦ LANFORD WILSON ✦ GAO
XINGJIAN ✦ GABRIELA YNCIÁN ✦ SERGIO TURITA

www.edicioneselmilagro.com.mx



Ediciones Casa Juan Pablos

Anales del cine en México 1895-1911
y Cartelera del cine en México



Dos colecciones fundamentales para conocer y entender
el primer cine en México en su contexto histórico y social

Anales del cine en México 1895-1911

1895: El cine antes del cine
1896: El vitascopio y cinematógrafo en México
1897: Los primeros exhibidores y cinematógrafos
nacionales
1898: Una guerra imperial
1899: A los barrios y a la provincia!
1900: Los cines y los teatros

1901: El cine y la pornografía
1902: La magia del cine
1903: El espacio urbano del cine
1904: El cine y la publicidad

De próxima aparición:

1905: Las primeras salas permanentes de cine
1906: Los cines pueblan la ciudad de México
1907: El cine y sus empresas
1907: La multiplicación de los salones de cine en la provincia
1908: El cine y los lotes

Cartelera del cine en México: 1903-1911

Te levantas, te bañas, te desayunas, te subes
al transporte, trabajas, **escribes**, te tomas
un café, platicas, trabajas, comes, duermes
la siesta, trabajas, te tomas unos tragos,
regresas a casa, te pones cómodo, merien-
das, vez la tele, **escribes**, te duermes,
sueñas, te paras al baño, te despiertas,
escribes, cagas, **escribes**, sales a caminar,
te tropiezas, **escribes**, te metes algo a la
boca, vez la tele, sueñas, te vas, **escribes**,
lees, **escribes**, regresas por una chela,
escribes, duermes, **escribes**, comes,
escribes, coges, **escribes**, platicas,
escribes, platicas,
escribes,
escribes...

Lenguaraz
literatura
leel out ered

colabora con nosotros
parapublicar@lenguaraz.com



